

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
OCTUBRE-NOVIEMBRE
2023





BODAI
—
YOGA

Eleva tu práctica

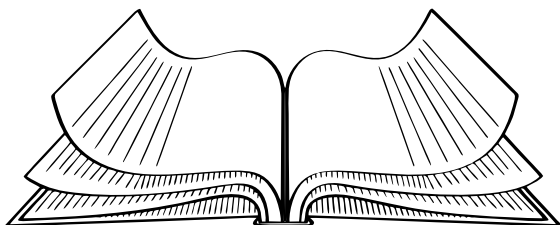
Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Primer piso.

RESERVA

A través de tu plataforma de preferencia

Fitpass, Gympass, TotalPass

WA: 55 5217 0047



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 46

www.porescrito.org

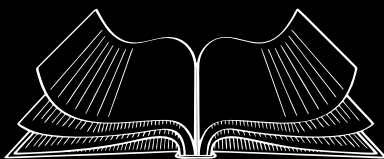




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>Sepultada</i>	
Ana Laura Orozco Lares.....	7
<i>Ese nombre</i>	
Jim Kalep Castillo Gutiérrez.....	9
<i>El olvido entre mis manos</i>	
Sara Inguaggiato Fonseca	11
<i>Único movimiento</i>	
María Esther López Aguado	13

FIRMAS

<i>Camino a Pátzcuaro</i>	
Cecilia Durán Mena	16
<i>Una carta punteada a Nixon</i>	
Andrea Fischer	20
<i>Merlín, una historia</i>	
Fernando Montoya	24
<i>El cofre encantado</i>	
Ramón Moreno	28

IMAGINARIO

<i>Sin título</i>	
Juan Pablo Pérez Martínez.....	34
<i>Nahuad</i>	
Stef Gy.	34
<i>Sin título</i>	
Santiago Hoyos	35
<i>Sin título</i>	
Santiago Hoyos	35
<i>Sin título</i>	
Santiago Hoyos	36

<i>Sin título</i>	
Juan Pablo Pérez Martínez.....	36
<i>Perspectivas 3</i>	
Esteban Sanders.....	37
<i>Sin título</i>	
Cecilia Durán Mena.....	37

VOCES

<i>Cómo ser un muerto decoroso (y no vivir en el intento)</i>	
Reynaldo Bernal Cárdenas.....	38
<i>El extraño visitante del ático</i>	
Elisa de Sampedro.....	40
<i>Paredes blancas</i>	
Ashley Manzano.....	45
<i>Ascenso laboral</i>	
Manuel Jorge Carreón Perea.....	48
<i>El álbum de los recuerdos</i>	
Fidel Cantú Quintanilla.....	55
<i>Espectador</i>	
Mariana Torres Lomeli.....	58
<i>Fondo a la derecha (pt. 1)</i>	
Dania Loera.....	60
<i>Una postal desde el sur</i>	
Ben Hur Franco Pérez.....	62



Hablando por escrito

En esta edición de *Pretextos Literarios Por Escrito*, sucedió algo curioso: varios textos convergen en un mismo tema y una trama que unió nuestras plumas. Casi sin querer, nos adentramos en un tema que ha fascinado y atormentado a la Humanidad desde tiempos inmemoriales: la muerte. La muerte, ese enigma insondable que pone fin a nuestras vidas en este mundo y que, a menudo, nos hace reflexionar sobre el significado de nuestra existencia.

La literatura es un refugio y un medio de exploración para abordar la muerte desde todas sus perspectivas. Los escritores, a lo largo de los siglos, hemos encontrado un espacio para dar sentido a la inevitabilidad de nuestro último aliento, para dar voz a los susurros del más allá y para desentrañar los misterios que yacen en la frontera entre la vida y la muerte, si es que eso puede lograrse.

En estas páginas, queridos lectores, encontrarán una selección de relatos, poemas e imágenes que exploran la muerte desde diversas ópticas. Podrán leer versos melancólicos que reflexionan sobre el paso del tiempo hasta las historias de personajes que enfrentan su propia mortalidad con valentía y, a veces, con miedo. Es cierto que el tema de la muerte ha sido retratado en diferentes culturas y cómo las creencias y rituales relacionados con este tema han dejado su huella en la literatura a lo largo de los años. En México esto está relacionada con la identidad.

En un mundo que a menudo evita el tema y mira de soslayo lo referente a la muerte, *Pretextos Literarios Por Escrito* nos invita a mirar de frente este enigma universal. Nos insta a confrontar nuestros temores y a encontrar consuelo en la belleza y la profundidad de la experiencia humana. A través de las palabras de nuestros escritores, podemos explorar el duelo, la esperanza, la desesperación y la aceptación que acompañan a la muerte, y quizás, al hacerlo, aprender más sobre nosotros mismos. De eso se trata la expresión estética.

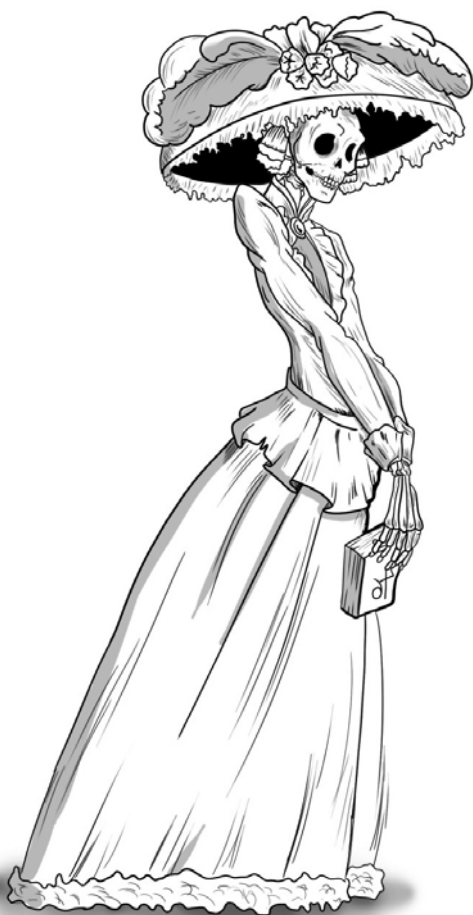
La muerte, en última instancia, es parte esencial de la vida. Esta edición celebra la capacidad de la literatura para iluminar el camino hacia una comprensión más profunda de este misterio y para recordarnos que, a pesar de su sombra, la muerte puede dar un significado más profundo a nuestra existencia.

De corazón, todos los que colaboramos en este proyecto esperamos que disfruten de las obras que hemos seleccionado con cuidado y que encuentren inspiración en las palabras de los autores que han entrado en el desafío de explorar la muerte en todas sus formas. La literatura nos brinda la oportunidad de confrontar nuestros miedos y encontrar belleza en medio de la oscuridad, y en esta edición, los invitamos a acompañarnos en este viaje.

Con gratitud por su continua fidelidad a nuestra revista y con la esperanza de que estas páginas les brinden una nueva perspectiva sobre un tema tan universal y eterno. Como cada número, como siempre, seguimos en nuestra intención de seguir atrapando lectores e invitando a escritores para nunca dejarlos ir. ¡Feliz lectura!

Con ustedes, el número 46.

La editora general



Paúl Núñez

Sepultada

Ana Laura Orozco Lares

Bajo tierra,
el cuerpo se convertirá en instrumento
y las plantas beberán de la memoria.

El celeste se apropiará de sus respiros
y el entumecimiento
será inevitable.

La levedad del tiempo no hervirá
su sangre,
será nieve
hielo
y paradigma.

La piel crecerá amorfa
y dará vida
a su asesino.

Su existencia habitará los sueños;
vivirá en la completud del mundo.

Será el cuerpo de las nubes
y las caderas de las montañas



Carolina Gómez Cea

Su sudor regará los campos,
y la flora se nutrirá de su sangre.

Volará por encima de los cerros
para regresar en forma de
tormenta
llovizna
o rocío.

Luego, tocará tierra

será raíz
y otra vez,
su vida será flores



Carolina Gómez Cea

Ese nombre

Jim Kalep Castillo Gutiérrez

Tu nombre, voraz
 declarando la guerra a mi paz decadente
 divina palabra
 obligada
 sedienta, vengativa
 dicha en lo bajo
 pronunciada entre dientes.

Tu nombre, esquivo
 filtrando labios
 escapando a la mente
 rezo nocturno
 cantado
 melodioso, perene
 sustituto a la calma
 insondable y perene.

Tu nombre insolente
 de carcajada sencilla
 sonoridad implacable
 burla divertida
 fugaz
 intencionada, maliciosa
 como al acecho
 entre las sombras latente.

Tu nombre memoria
 grabado en el tiempo
 el que ya no tengo
 el que queda

tatuado
 indeleble, constante
 navegando lo eterno
 razón de un “por siempre”.

Tu nombre retablo
 secreto divino
 de relicario silente
 eco recurrente
 místico
 imponente, inquisitivo
 pasión sin pena
 bálsamo para el doliente.

Tu nombre caos
 destructiva creación
 de turbulencia constante
 errático sueño
 volátil
 peligroso, succulento
 dueño de sí
 dueño del tiempo.

Tu nombre
 en fin, tu nombre
 habitante de cada cósmica vibración
 y, sin embargo
 impronunciable
 etéreo
 omnipotente

haciendo eco en los sueños
colándose en conversaciones
repitiéndose en versos.

Tu nombre
siempre tu nombre
centinela
secreto y fe
jamás lo diría en voz alta
temo perderlo
que me deje con el viento
pues, al irse
todo se perdería en el silencio



Carolina Gómez Cea

El olvido entre mis manos

Sara Inguaggiato Fonseca

Siento que te irás.
Dime que no es así.
Pero si eso fuera a suceder.
Quiero pedirte que te quedes en silencio.

Que me mires desde la perilla de esa puerta que fue testigo del refugio de tus brazos,
Que con el viento recuerdes los besos pasionales de un tórrido romance,
Que anuncies el dolor, de dejar, de dejarme, como si renunciaras a tú más grande ilusión.
Que de mis uñas nacieran ramas alrededor de tu pecho, porque...

Siento que te irás,
Y puedo palpar el olvido entre mis manos,
Pero no sé cómo detenerlo. Cómo frenarlo.
Invade la raíz de mi cuerpo.
¿Cómo decirte que no estoy lista para afrontar tu ausencia?

Pero si eso fuera a suceder.
Quiero pedirte que te quedes en silencio.
Mientras mis pasos resuenan con el eco de tu partida.
Y tu voz se pierde entre la lluvia de mis lágrimas.

Siento que te irás.
Pero si eso fuera a suceder.
Quiero pedirte que te quedes en silencio.
Que dejes que mis manos sientan los recuerdos entretejidos en tu pelo.
Y tú, abrases las promesas más infames que fuiste capaz de pronunciar.

Quiero pedirte que me recuerdes.
Como la luz de aquella foto instantánea congelada,
que posees como un tesoro.

Que al escuchar mi nombre entre voces,
recuerdes la suavidad de mis caricias,
dentro de una máquina del tiempo andante de color gris.

Sé que te irás.
Dime que es así.

Acaba con el temblor que habita mi ser, pero antes,
quiero pedirte que te quedes en silencio.
Que desempolves el recuerdo de mi partida.
Mientras que yo sostengo la sombra de tu cuerpo entre mis manos,
Con el inevitable adiós que sólo arde en mi garganta.

Sé que te irás
Y quisiera nunca haberme dado cuenta.

Ahora, yo quiero pedirle a mi necia mente que se quede en silencio.
Que me deje navegar esta marea roja de recuerdos fluctuantes.

Y que la realidad me despierte entre tus brazos,
antes de sentir que te irás.



Único movimiento

María Esther López Aguado

Ese núcleo que nos nace vida
es el átomo combinado
que vuelca los sentidos
en catarsis de luz
desmenuzada de estrellas.

...Y caemos con los pies amarrados,
las alas rotas
quebrando libertad;
encuentro de vientos
esparcen en la tierra
la búsqueda
de una sencillez que abarca la noche
en el interminable viaje de los días,
¡Universo! ¡Firmamento!

La oscuridad es nuestro encuentro
subraya uno a uno los instantes
y en la metáfora del uno mismo
los posiciona en ideales
y les otorga minutos
días
reprimen blancos...

Eternos convictos,
resurge madurez en los hombros
en una mirada profunda
en la armonía de un beso.

Las manos abiertas
se eslabonan inconclusas

y...

¡Resurgimos vida!
Buscamos a Dios
encendido, apagado
consuelo
desamparo
soledad

¡Existencia!



Alicia Ramirez

CURSO DE

ANTROPOLOGÍA LITERARIA

Para más información escribenos:

CONTACTO@PORESCRITO.COM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!



←—————→

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

←—————→

Para más información escribenos:



CONTACTO@PORESCRITO.COM

Camino a Pátzcuaro

Cecilia Durán Mena

Siempre tuve curiosidad de ir a Pátzcuaro y a Janitzio en dos de noviembre. No me imaginé que llegaría así. Mi abuela me contaba de las tradiciones de la región lacustre del estado de Michoacán donde ella nació y de donde son originarios mis padres. Al ser hija de michoacanos, la constitución del estado me otorgó el derecho de serlo yo también. Ellos migraron a otras tierras hace tantos años. Todos sus hijos nacimos fuera de esos límites territoriales, fuera del estado, fuera de México. Sin embargo, algo que no sé bien qué es, me llamó a enterrarme en mis raíces y a buscar. Sabe Dios qué cosa quise encontrar en tierras que jamás pisaron las suelas de mis zapatos. Fue tanta remembranza, fueron todos los suspiros por la tierra dejada, los sabores que se extrañaron en la lejanía lo que nos hacía creer que estábamos en Michoacán a pesar de la lejanía. Me cumplieron el gusto. Hasta acá vinimos a dar. Es decir, hasta acá me trajeron.

La intención brotó a partir de eso que me contaba mi abuela. Me dieron ganas de creer que la tierra es nuestra, cuando la verdad de las cosas es que nosotros somos de la tierra. Siempre que nos visitaba, llegaba llena de regalos y de historias. Eran las jácaras de la madre de mi madre sobre lo que sucede el Día de Muertos y lo que pasa en el alma al cruzar el lago y tomar rumbo al cementerio que se encuentra en la isla de Janitzio lo que me inflamó el tuétano, la columna vertebral y las vísceras. Ahora, escucho su voz con potencia, no como antes que parecía que se derretía y se evaporaba con el paso del tiempo. Hablaba del contraste de las celebraciones y los lamentos, de las pirekuas y los cúrpites, de la convivencia que se permite una vez al año entre los seres vivos que afrontan tribulaciones y gozos con los muertos que, en el mejor de los casos, duermen el sueño de los justos y en el peor son devorados a perpetuidad por el monstruo que habita en el último círculo del infierno. Que Dios nos salve y la Señora de la Muerte no nos prenda fuego con su mecha.

¿Traerán un tequilita? Me gustaba el tequila. También la charanda. Espero y que no se les olvide la charanda que arrima a los bordes de la alegría más eufórica ya al sumidero profundo de la tristeza con las evaporaciones de melaza y piloncillo en el mosto fermentado del jugo de caña. Vaya si lo supe yo. Ojalá que no falten las corundas de sabor a maíz rústico que me hacen pensar en los desayunos de los días de fiesta ni los taquitos de carnitas bien doradas como los que traían para celebrar cumpleaños o las enchiladas placeras al estilo único de Enedina y los uchepos

tan esponjosos que se deshacían en la boca al contacto con la lengua. Espero que no sea mucho pedir pensar en un pozole rojo, que no esté tan picante que parezca que sabe a espinas, sino esa maravilla que solíamos decir que, con sólo probarla, se te regresa el alma al cuerpo. ¡Cómo si eso fuera posible!

Los espíritus en tránsito no son lo que uno cree, ya lo sabré yo. Y verificar si bogan tranquilos rumbo al destino o si acaso penan en su ir y venir del cielo a la tierra, del infierno al paraíso, del más allá al tenme acá es el misterio que ocupa a tantos tontos y a uno que otro inteligente. Ya se enterarán de que son muchos trayectos. El peor es que te arrastra por el sendero polvoso del olvido. Con el alma enredada en la rama al cedro enano que está entre la casuarina y el eucalipto, pegado a los arbustos de buganvilias, los espero. Ese es el lugar acordado. Esta es la señal para que logren localizar el espacio. Percibo las lanchas y canoas que navegan por el lago como presagios ardientes de horas y horas en un hechizo en el que las embarcaciones vueltas carrozas, flamean como el cortejo de quienes aún no se nos adelantaron en el camino. Ellos están, nosotros también, aunque distinto. Aquellos que se acercan a la isla de Janitzio deslizándose sobre las aguas del lago dan la impresión de ser una lluvia de estrellas que cayeron del cielo. Son como una colonia de luciérnagas que vuelan al filo del agua y avanzan lento en medio de un rumor casi imperceptible. Aquí los espero.

Vinieron a la reunión en Janitzio entre ultratumba, lo espectral y la carne viva, no sé si con la esperanza de sentirnos de nuevo o con la intención de cumplir la promesa hecha mientras moría. Prometieron que me traerían en cuanto pudieran. Me apretaron la mano como un signo de que cumplirían su juramento. Expiré, segura de que harían lo que les diera la gana con mis despojos. Me sorprende que hayan sido leales a sus promesas. Fue un sueño hecho muerte, un sendero muy alumbrado, tanto que parece cinta de oro, listón de lucero. La distancia entre



Carolina Gómez Cea

Pátzcuaro y Janitzio es como una ilusión, es como fiesta de la agonía. Estiro el espíritu, como si me pusiera de puntitas para verlos llegar. El duelo nos aplasta, pero el sentido del humor hace que nos gane la risa. En México la muerte, las bromas, la comida y los muertos son hilos de una misma trenza.

Es mi nieto mayor el que trae cargando la cajita. Es aromática, hecha de madera de lináloe con un baño de barniz de aceite de linaza y chía. El tamaño me sorprende, nunca creí que llegaría a ocupar tan poco espacio. Tiene una capa de color negro, combinación de la arena de tolte y la ceniza negra de la corteza del árbol de nanche y encino. Luego, otra capa de color naranja y pigmentos que forman el decorado que se trazó con un pincel hecho con pelo de gato. El tallado les da a las líneas la figura del decorado. Son muchos puntitos.

Los demás trajeron del mercado de alfeñiques papel picado, velas y todo lo que hace falta para poner el altar. En el panteón, ya hay gente que está muy atareada en la limpieza de la tumba, en los arreglos de flores, en la confección del entramado de velas. Hay otros que atentos nada más observan; unos siguen las usanzas con gran decoro, otros presentes tras de las rejas respetan; honran las creencias viejas, pero no participan, sólo contemplan. Sacan fotos y las suben a sus redes.

Mi gente tuvo que subir más de doscientos escalones. Todavía no cae la noche cuando traspasan el umbral del cementerio. Apenas va entrando la tarde. Buscan las señales. Los sigo. Me paso por un lado y por el otro de cada uno. Me paro frente a ellos. No se enteran. Buscan las señas: el cedro enano que está entre la casuarina y el eucalipto, pegado a los arbustos de buganvillas. Celebran que localizaron el sepulcro de la abuela. Tal vez creyeron que no lo hallarían jamás. Se sientan junto a la lápida de piedra en la que se lee el nombre labrado. Se arriman, se le hincan, limpian, deshieran, sahúman con incienso. Esparcen pétalos de compaxúchitl en el suelo. Forman un caminito que se une a los demás y que se extiende a todo lo largo del camposanto.

Mi nieta más pequeña trae una mariposa en un frasquito. El animal aspira e inspira con un movimiento sutil de arriba abajo. Es anaranjada, con puntos blancos en las orillas y nervaduras negras a lo largo de las alas. Es hembra; si fuera macho tendría los puntos negros. No es casualidad que la hayan elegido a ella y no a un macho. Ya están montando el altar. Ponen cantaritos y platos de barro. Sí trajeron charanda y tequila, uchepos y corundas, pozole rojo y blanco. No se olvidaron de la cajetilla de cigarrillos ni del puro como el que fumaba mi padre. Ponen fotografías de familiares. Una foto de estudio de la cara de la abuela, la de mis padres el día que se casaron, la de mis hermanos en forma de óvalo. ¿Dónde andan que aún no han llegado? Ponen mi foto sobre la cajita de lináloe. Ya ni la friegan, qué foto se les ocurrió escoger.

Unos lloran, otros están serios. Todos vuelven la mirada de un lado al otro. Tratan de copiar lo que hacen los vecinos de tumbas para entender lo que tienen que hacer. Según las creencias de nuestra gente, las mariposas monarca son el espíritu del bosque y el alma de los muertos. Anuncian el arribo de las almas de los muertos al mundo de los vivos. La llamaban mariposa sagrada. Mi abuela decía que los muertos viajan en las alas de las mariposas y es así como llegan hasta los altares de sus familiares.

Avanza el segundero. Es momento. La chiquita le entrega a su padre el frasquito con la mariposa.

Pronuncia palabras que desean buen camino. Se la pasan uno a uno. Mis hijas y mis hijos susurran sus frases. Me conmueve lo que dicen, lo que su voz representa, los te quiero, los te extraño y yo quiero decirles que aquí estoy. Por fin, el frasco regresa a manos de la pequeña. Abre la tapa y el animalito agita las alas, sale del frasco y emprende el vuelo. Detrás de la lápida aparecen las luces de mis abuelos, a quienes no conocí, pero que pude reconocer, de mis abuelas, de mis hermanos. Corro hacia ellos que se fundieron conmigo para hacer una sola luz. La mariposa vuela haciendo movimientos en zigzag y la corriente de su aleteo toca el rostro de toda mi familia: los de acá y los de allá. Todos fijan la mirada en el vuelo de la recién liberada que parece que ya tomó camino a Pátzcuaro y que puede ser que llegue más allá. Mi nieta, en cambio, mira a la lápida y me sonrío. Su regocijo se esconde oculto.



Carolina Gómez Cea

Una carta punteada a Nixon

Andrea Fischer

Una mujer semidesnuda encabeza a una multitud de personas, cubiertas únicamente por círculos perfectos de acrílico fosforescente en la piel. Son los años 60 en Estados Unidos: la década de la revolución, de la persecución de ideales magníficos que traen un sentido de cambio a las calles de Nueva York. La multitud la ha seguido hasta Central Park, y en ese momento se congela esta escena inaudita. Parece uno de los *happenings* con más éxito del año: la mujer, una japonesa joven, sonriente, de cabello oscuro y largo, se para en uno de los puntos más importantes de la ciudad, en medio de la masa interminable de personas, y se aclara la garganta. Desdobra un papel que trae entre las manos, y en el momento en el que parece que va a decir algo, se paraliza.

La gente la mira en silencio: está a la expectativa de lo que vaya a hacer después. La mujer tiene las miradas de todo el parque sobre sí, y lo único que puede ver son puntos de colores. Puntos que le dieron nombre, que fueron su marca distintiva, por los que fue rebelde, y por los que se fue de casa. Puntos que se extienden al infinito, puntos perfectos, puntos de colores, puntos. Y entonces, Yayoi Kusama recuerda sus primeros años de obsesión en su ciudad natal, y parece que los gritos estridentes de su madre se hacen presentes de nuevo, tantos años después de huir de ellos.

Yayoi Kusama vislumbró los primeros atisbos del Trastorno Obsesivo Compulsivo desde una edad muy temprana. Hija de una familia de comerciantes, pudo asistir a las mejores escuelas de Arte que Japón pudo ofrecerle. Se desempeñó siempre con maestría en lo que la tradición estricta de los cánones artísticos de su país le dictaba, con la resistencia sutil de los que buscan algo más de un patrón repetido a través de los siglos. A pesar del magnífico talento que demostraba para las convenciones estéticas del *Nihonga* —lo único que se impartía en las escuelas locales—, Kusama siempre tuvo sobre sí el peso de las relaciones conflictivas que sus padres llevaron en vida.

Amoríos, peleas, espionajes de pareja: desde niña se vio forzada a soportar el yugo de problemas que no le pertenecían. Es por esto que recuerda experimentar alucinaciones desde muy joven, que resultaron en severas tendencias suicidas a lo largo de su vida. Su madre no cumplió jamás con la idea de una figura amorosa en la cual protegerse, y su padre permaneció como una sombra huidiza que se escapaba de su casa para vivir una vida que ya no le correspondía. La rigidez casi inexorable de la academia sumada con la presión incesante de su vida familiar le produjo fuertes tribulaciones que no supo resolver del todo, y una mecha latente amenazaba con prenderse.

A pesar de su juventud turbulenta —y de los fuertes desvaríos emocionales que padeció desde entonces—, Kusama logró abandonar su país de

origen cuando pudo independizarse de sus padres. Quería un horizonte nuevo, alejado de los parámetros rigurosos en los que la cultura japonesa se desenvolvía. Se mudó a Nueva York al cumplir 31 años, y ahí encontró el refugio metropolitano que sus inquietudes artísticas e intelectuales necesitaban. Para los años 60, cubría paredes con puntos en los interiores de las galerías en *redes infinitas*, como le gustaba llamarles, y se había hecho de un nombre propio, ya reconocido en los más exclusivos círculos de la bohemia neoyorkina.

Fue ahí, en la capital artística de Estados Unidos, que pudo expandir su conocimiento de los movimientos más frescos de la vanguardia. Conoció a Andy Warhol, Georgia O'Keeffe, y a varios de las figuras más sobresalientes del medio artístico. Se dejó influir por ellos, y los

demás permitieron que sus propuestas artísticas se impregnaran del sentido revolucionario que Kusama irradiaba. Fue entonces que pudo exhibir en las galerías más importantes, y que su nombre se convirtió en una firma envidiable en el mundo del Arte. Todo el mundo quería tener *redes infinitas*: puntos de colores contrastantes en los cuales perderse, hacerse uno con el espacio. Fundirse, en fin, en esa obsesión de antaño, que no cesaba de manifestarse.

Con la fuerza de la fama, Kusama decidió expandir sus horizontes creativos. A pesar de su particular aversión al sexo —y todo lo relacionado con el acto—, decidió ampliar su gama a algo más que habitaciones punteadas. Fue entonces que empezó a jugar con la idea de figuras fálicas, que bien podrían ser tentáculos o bastones. Sin embargo, los tonos sexuales implícitos son una constante a lo largo de su obra: aquellos dejos obsesivos que su vida en Japón despertó se perpetuaron en un nivel más sutil de esencia, eternamente presente en su propuesta artística. No le importó lo que la crítica tuviese que decir: la experimentación se volvió un eje conductor durante el tiempo que vivió en Estados Unidos, y la llama disidente de la bohemia la impulsó a buscar más.



Emilio Amozorrutia

Además de lo escandalosas que sus obras a gran escala pudiesen haber sido en el momento, Kusama es de las primeras en introducir los proyectos de instalación. Este paso ya se había intentado dar antes, pero ciertamente ella marcó un hito: su obra se volvió experiencial, completamente sensitiva, con la intención innovadora de lograr que el observador tuviese una inmersión profunda con la obra, y pudiese vivirla como algo real, inmediato: como si fuese una extensión de sí. Había algo en sus instalaciones que enloquecía a la gente, que los hacía pedir más: sería la confusión de estar en medio de puntos rojos, o la locura de espejos contrapuestos que parecen llevar al infinito. Lo cierto es que Kusama pudo entender a la audiencia a la que se dirigía, y así, se volvió una de las artistas más aclamadas del siglo xx.

Sin embargo, la fama y la fortuna que encontró en Estados Unidos no le fue suficiente. La expresión de su espíritu revolucionario no se limitó a su capacidad artística, sino que se desarrolló, además, en el ámbito social y político del momento. Así como las marchas en pro de los derechos de los negros estaban en su auge, los artistas decidieron tomar el estandarte pacífico en contra de la Guerra de Vietnam. Estaban hartos de las dicotomías absurdas que los medios ofrecían, y estaban dispuestos a manifestarse en su contra. Kusama no fue la excepción: varios de los *performances* públicos que hizo en esos años atacaban directamente la incompetencia humana que caracterizaba al gobierno estadounidense, y los reflectores estuvieron sobre sí también en este ámbito.

Fue en 1967 que reunió a gran parte de sus seguidores y amigos artistas para pintarlos a todos con círculos fosforescentes perfectos, con la idea de hacer una marcha multitudinaria para que las tropas fueran retiradas de Vietnam. El día acordado, salieron todos, semidesnudos, con carteles en los brazos y gritos de paz en la garganta. Llegaron a Central Park y el parque se volvió un mar de gente punteada. Entonces, en medio del tumulto —ya en silencio—, la joven japonesa de pelo largo y oscuro se aclaró la garganta. Tenía los ojos de todos sus seguidores encima, y el mar de puntos fosforescentes pareció deslumbrarla por unos instantes.

Desdobló el papel que tenía entre las manos, y después de un silencio casi imperceptible, se dirigió al presidente Nixon: le ofrecía su cuerpo a cambio de la vuelta de las tropas de Vietnam, a cambio de parar la destrucción ecológica y social —a cambio, en fin, de terminar una guerra sin sentido. Esta carta pasó a la Historia como uno de los íconos más representativos —y más valientes— de una generación que genuinamente se ocupaba por buscar un cambio. A pesar de la fobia inexorable que la mujer sentía hacia el acto sexual, hizo una declaración política poderosa, usando como excusa una debilidad que había nacido en Japón, y de la que no había podido librarse nunca.

Años después, empapados de escenas similares, Yayoi Kusama volvió a Japón y abrió un estudio. En 1973 empezó a escribir novelas en sus momentos de ocio, pues la mala salud no le permitía demasiado. Hoy por hoy, a sus 88 años, sigue exponiendo en los mejores museos del mundo, trabajando

siempre desde su estudio japonés. Decidió internarse en un psiquiátrico, y sale todos los días a su estudio, para volver a su estancia en el hospital a eso de las siete de la tarde. Y así, la obsesión volvió a su lugar de origen, dejándole al mundo un legado legendario —siempre, con puntos de colores.



Emilio Amozorrutia

Merlín, una historia

Fernando Montoya

*Yo soy Merlín, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo
Príncipe de la Mágica y monarca
Y archivo de la ciencia zoroástrica,
Émulo a las edades y a los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos caballeros,
A quien yo tuve y tengo gran cariño.*

Miguel de Cervantes Saavedra,

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, 1605,
Capítulo xxxv

Tal como aparece en la parodia cervantina, la figura de Merlín no es más que el eco brumoso de un personaje ya fijo en sus rasgos esenciales dentro de los más prestigiados de la literatura caballeresca. Es, por antonomasia, el profeta y el mago del universo artúrico.

De dónde vino y cómo fue desdibujándose su perfil, mediante la adición de sus rasgos más característicos, es el tema de varios estudios. Destacan, por ejemplo, *Merlín le prophète*, de Paul Zumthor (1943) y *Merlín l'enchanteur*, de Jean Markale (1981). Para comprender mejor la composición de la figura de Merlín conviene distinguir entre: a) el tema del “profeta Merlín” y b) la leyenda del personaje “Merlín, el encantador”, sabio y mago. En su estudio, Zumthor toma como base esta distinción para mostrar cómo se va desarrollando el segundo aspecto a partir del primero, en un proceso que parte de la obra de Geoffrey de Monmouth (*Prophetia Merlini*, escrita en 1134, e *Historia Regum Britanniae*) y se prolonga en la vasta literatura novelesca artúrica. Con posterioridad se ha subrayado el vigor poético de esa figura del mago, consejero y protector del rey Arturo y de los caballeros de su corte, abocado luego a un triste destino, quedar prisionero de las artes mágicas reveladas por él mismo a su amada, una doncella cautivadora y fatal.

Vayamos por partes. Como señalan los estudiosos, el nombre de Merlín no aparece en ningún texto anterior a 1134, el año en que Monmouth publica *Prophetia Merlini*. Sin embargo, el primer episodio en que aparece Merlín está tomado de una leyenda que se encuentra en *Historia Britonum* de Nennius (siglo IX): el rey Vortegirn trata de construir una torre defensiva, pero la construcción se derrumba una y otra vez; asombrado del prodigio el rey consulta a sus magos, que no dan con el motivo; ellos le aconsejan que

sacrifique sobre sus cimientos a un niño sin padre; sus sicarios encuentran a un niño al que un compañero acusa de ser de padre desconocido, lo llevan ante el rey y allí el muchacho declara los motivos del prodigioso fracaso. Confundiendo a los magos de la corte con su saber profético el niño sin padre logra salvar su vida. La causa de que la torre se desmorone está en la existencia bajo sus cimientos de un estanque subterráneo en el que se mueven dos seres. En la excavación surgen a la luz dos fieros dragones, uno blanco y otro rojo, que se enzarzan en descomunal pelea. El niño explica el prodigio, con referencia al futuro belicoso de Britania, y al desastroso final de Vortegirn. Aquí tenemos el núcleo de la historia del profeta Merlín, de su extraño nacimiento y sus profecías enigmáticas.

Sólo algunos rasgos más marcan al personaje. El primero de ellos es su origen, como hijo de una princesa de Demecia, violada por un demonio incubo. Luego está su papel como consejero regio, junto a Aurelio Ambrosio (bajo cuyo mandato traslada desde Irlanda el círculo de piedras de Stonehenge y lo erige en su emplazamiento actual), y junto a Úter Pendragón (a quien ayuda en varias ocasiones, pero de modo especial a penetrar, transformando en Gorlois, Duque de Cornualles, en la fortaleza de Tintagel, para acostarse con Igera, la esposa del Duque, la noche que es engendrado Arturo).

Ya aquí tenemos algunos testimonios de su poder mágico. Su gran saber del pasado, del oscuro presente y del futuro está en relación con su origen demoniaco. El traslado de los monolitos y, sobre todo, ese poder de transformar la figura propia y la del rey Úter testimonian su capacidad como un buen mago al servicio real.

Sin embargo, no es de extrañarse que en algunos textos Merlín aparezca como un extraño solitario. En *Vita Merlini* (1148), el mago es, ante todo, un enloquecido ante el espectáculo de la sangrienta y fratricida batalla entre dos reyes, que quiere retirarse a la inhumana y tenebrosa soledad de los bosques, para habitar más allá en compañía de los animales salvajes.

Merlín, enloquecido, se vuelve un “hombre salvaje”, olvidado de su familia y su parentela, que desconcierta a los demás con sus profecías, de una aparente incoherencia y una latente veracidad. Entre las bestias, en lo profundo del bosque encuentra refugio el sabio, como un antiguo druida, al margen de la corte civilizada. Su risa denuncia los sorprendentes errores de los humanos que ignoran el destino que los envuelve. Como Orfeo, el mítico cantor, Merlín se exilia a un destierro selvático.

Hay otros rasgos mucho más originales en *Vita Merlini*, como el súbito arrebato del mago cuando mata al nuevo marido de su esposa arrojándole la cornamenta del ciervo en el que cabalgaba, que se le clava en la frente. La alusión al marido “cornudo”, que es Merlín, se reviste de un final surrealista. También está la casa que se construye en medio de los bosques, con sus setenta puertas y setenta ventanas, donde setenta escribas redactarán las profecías de

Merlín, que la reina Ganiada manda construir.

Merlín, como fiel consejero del joven Arturo, como el guardián del reino amenazado por misteriosos maleficios, se cumple en la obra de Robert de Boron: *Joseph d'Arimatea, Merlin y Perceval*. Aquí, Merlín sirve para enlazar los dos tiempos fundamentales y los dos escenarios esenciales de la trama: la época de los primeros cristianos, en que José de Arimatea recibiera el santo vaso que contuvo la sangre de Cristo, y la época de la caballería andante, en la que se desarrollará la búsqueda del Grial, una aventura predestinada a un héroe artúrico: Perceval. Merlín será en esta historia el profeta de la suprema aventura. Aquí está al lado del rey Arturo, es su educador y su consejero, es el responsable de la creación de la tercera mesa del Grial, la Tabla Redonda; por él recobra su sentido último la caballería que sabe subordinar su función en la tierra a un objetivo trascendente: el cumplimiento de la aventura del Grial.

Que Merlín acabara sus días muriéndose, como cualquier humano, resultaba decepcionante. El mago, el hijo de un demonio, el testigo de los avatares del reino de Arturo, quien había predicho y contemplado las andanzas del gran rey, y luego quedaría enlazado en el cumplimiento de la búsqueda del Grial, merecía algo más brillante que una muerte vulgar. Su nacimiento había sido prodigioso, pero en cuanto a su final la *Vita Merlini* tan sólo contaba cómo quedaba en tinieblas, retirado el profeta a esa maravillosa mansión de las setenta puertas y setenta ventanas.

Sin embargo, hay otra versión de cómo acabó Merlín su larga vida. Cuenta esta versión que el viejo mago se enamoró perdidamente de una doncella llamada Viviane, y la sutil y seductora muchacha aprendió de él sus artes de magia, y especialmente un hechizo con el que apresó en una roca, en una cueva o en una misteriosa campana de cristal al inquieto amante. Según variantes, la muchacha encierra al mago para disfrutar de su compañía cuando le plazca o para librarse definitivamente de su acoso, que le resulta pesado. Merlín no puede dejar de prever su final, pero la pasión es tan fuerte que no logra negarse a los requerimientos taimados de su amada. El adivino sabe que se encamina a su destrucción, pero se deja conducir suavemente a la trampa. ¡Pobre Merlín! En el mundo caballeresco donde el amor impulsa a los caballeros, tampoco el mago está protegido de sus ataques, y es él quien tiene un final más desastroso a manos de una ingenua (o no tan ingenua) muchachita.

He aquí cómo, al final de una larga carrera, acabó encontrando un romántico y trágico fin el profeta Merlín. La escena final del mago encerrado en un mágico reducto en medio del bosque tiene una dramática fuerza. Desde su prisión, Merlín grita sus lamentos y se consume en soledad. Pero mejor es retirarse cuando ya no queda un destino que ayudar a cumplir. Cuando ya Arturo se quedó en Ávalon, en compañía de las hadas, cuando Perceval hubo realizado la más grande hazaña encomendada al mejor caballero. ¿Qué iba a hacer Merlín? Seguramente el adivino se dejó seducir con pena, pero consintiendo en desaparecer porque ya había llegado la hora de hacerlo, y encontró que ceder a los hechizos de una bella y tentadora muchacha era

un final no exento de ironía. Merlín, amante de la farsa, risueño, fingió llorar desde el interior de su pétrea o vidriosa cárcel mágica; el encantador encantado se resignó a desaparecer con una última pirueta. Tal vez dejando subsistir la duda respecto a que un día podría romper el hechizo y volver, tal vez cuando Arturo decidiera regresar de Ávalon...



"Merlin and Nimve", Aubrey Beardsley (1872-1898), en *Le Morte d'Arthur*, Libro IV, Capítulo XVI, J. M. Dent & Co., Londres, 1893-1894.

El cofre encantado

Ramón Moreno

Hace mucho tiempo existió un poderoso brujo. Era joven, tenía mucho dinero y un hermoso caballo azabache. Todo él vestía de negro, su sombrero de ala ancha no permitía verle bien el rostro, pero gastaba grandes bigotes con las puntas hacia arriba. Las espuelas que usaba eran de plata. Cuando caminaba por los empedrados, sus botines sacaban chispas en el piso. La gente le tenía tanto miedo, que cuando se lo cruzaban en la calle se cambiaba de banqueta, no fuera a ser la de malas que les hiciera un hechizo si le estorbaban en su camino. Pero una noche su suerte cambió.

Unos duendes más poderosos que él salieron de las entrañas de la tierra para robarle lo que más amaba en la vida: su hermoso, grande y poderoso cofre que estaba lleno de monedas de oro. Cuando el mago tenebroso regresó a su casa descubrió la terrible noticia. El cofre ya no estaba en su habitación, donde lo escondía. De momento no se puso triste, sino por el contrario, lleno de cólera, daba vueltas y vueltas en aquella recámara en penumbras pensando qué tenía que hacer para recuperar su valioso tesoro. Aunque desesperado, aguardó a que fuera de noche, y en medio de la oscuridad hizo un gran círculo con cenizas traídas del panteón, puso una gran cantidad de leña al centro, y ya que la fogata estaba en toda su fuerza, empezó a hacer sus endemoniados conjuros. Poco a poco, en el centro de las llamas pudo ver el profundo tajo de una barranca. Allí, al fondo, los pliegues de la tierra se abrieron y salieron aquellos enanos, escalando, como si emergieran de los más profundos senos de la mina de Pihuamo. También los vio cómo escalaron, cómo llegaron hasta el pueblo, cómo entraron a su casa y cómo regresaron a toda prisa a su escondite. Tras los duendes y el cofre la tierra volvió a cerrarse, como si nunca hubiera estado ahí ese socavón.

Muy triste y desconsolado el brujo se fue a acostar a su cama, y mientras repasaba en la mente las imágenes que había visto, las lágrimas se le empezaron a escurrir por entre las comisuras de los ojos. Así, poco a poco, sin darse cuenta, se quedó dormido.

Un día, haciendo sus conjuros para ver, aunque sea a través de su magia, su amado cofre, descubrió que un borracho supo del hurto y fue hasta aquella mina para robarse el valioso tesoro, aprovechando que los enanos se habían ido a trabajar. A las prisas, hizo unos pases mágicos, lanzó una poderosa maldición y luego dijo: todo aquel que toque mi cofre, morirá en el acto.

A la mañana siguiente, los chismes por el pueblo eran generalizados. Un vecino, borracho y temerario, se había perdido por los caminos, había llegado hasta la mina y se había caído de cabeza. Su familia no sabía cómo sacar el cuerpo para darle sepultura. El brujo, cuando escuchó todos aquellos chismes, se sonrió, se retorció el bigote y supo que su poder no había menguado, sino por el contrario, ahora era más poderoso, pues aunque desde lejos, podía proteger lo que le pertenecía.

Con el paso de los días, los habitantes del pueblo terminaron por enterarse de la

desgracia que le había sucedido a aquel charro negro. Los criados de éste se encargaron de hacer miles de argüendes, y así como decían que un tesoro estaba enterrado en aquella especie de mina, también hicieron correr los chismes que aunque alguien se atreviera a bajar, como lo había intentado el borracho, de nada serviría, pues una maldición del amo los fulminaría de inmediato.

Pero como en los pueblos nunca faltan los brabucones, dos compadres temerarios fueron a ver al brujo para preguntarle si era verdad lo que decía la gente y que si lo era, que no se preocupara porque ellos bajarían a lo más profundo de la tierra para rescatar su tesoro. El brujo aceptó el trato y ofreció entregarles la mitad del tesoro si ellos le regresaban lo que tanto amaba. Y para que el plan no fracasara, les entregó un poderoso polvo mágico y les explicó: cuando lleguen hasta el lugar donde lo escondieron los duendes, unten con mucho cuidado en las manijas este polvo, evitará que se les resbale y los protegerá de la maldición. Pero ya que salgan con él, por nada del mundo lo vayan a abrir, tráiganlo así, y acá yo destruiré la maldición y les podré entregar su parte.



Carolina Gómez Cea

Los hombres aceptaron el trato y se marcharon. Feliz, el brujo se quedó en su casa preparando unos viejos cueros de res para que, cuando regresaran los brabucones, les lanzaría a las espaldas aquellos capotes malditos y se consumirían en el acto, convirtiéndose en un montón de cenizas. Así, feliz el brujo, pensó que podría recuperar sus riquezas sin tener que pagar ni una moneda.

En fin, que al poco tiempo se puso a mirar en la fogata lo que aquellos hombres hacían. Y en efecto, pudieron aplicar los polvos mágicos y nada malo les pasó. Con muchos sacrificios sacaron el tesoro a la superficie. Y ya que se preparaban para terminar de ascender la ladera y regresar al pueblo, no resistieron la tentación y

abrieron el cofre. Y en efecto, la maldición se cumplió y los dos murieron en el acto.

Cuando los duendes regresaron del trabajo, vieron a la entrada del socavón el cofre y los dos cadáveres. Muy a las prisas volvieron al centro de la tierra para esconder el tesoro que habían robado. El poderoso brujo, que todo lo había visto a través del fuego, se fue muy triste a su cama, desesperado por no poder recuperar lo que más amaba.

Pero al día siguiente salió del pueblo y se perdió por entre los caminos que ascienden por las faldas del volcán. Iba dispuesto a sufrir la más grande de las humillaciones que jamás ningún poderoso hechicero soportara: pedir la ayuda de otro brujo.

Después de mucho caminar y muy cansado y cubierto de polvo llegó hasta una choza perdida en medio del bosque. En las penumbras, iluminándose por el fuego de la chimenea, un anciano reparaba con algo de dificultad uno de sus huaraches al que se le había reventado una de las correas. El charro, al ver aquel desvencijado anciano se arrepintió de la decisión que había tomado. Pensó, cómo este vejstorio podría ayudarme, a mí, que soy tan poderoso. En efecto, aquel brujo era todo lo contrario que el brujo negro. Para empezar, era viejo, encorvado y debilucho. Su cabeza más parecía una calavera cubierta por una pelambrea blanca, sus hundidas mejillas evidenciaban que de la dentadura se le había caído la mayor parte. En lugar de unos pantalones de terciopelo negro, traía unas calzoneras de manta y por abrigo una vieja camisa de yute.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, y ya de espaldas al anciano, escuchó cómo este, con débil voz le dijo admonitorio: sólo un redomado tonto comete tres errores a la vez. El charro, herido en su amor propio, volvió la vista y respondió: yo no soy tonto, soy muy listo, quiero que sepas que yo soy un poderoso mago, más poderoso que tú, aunque tengas mucha fama en el pueblo. A ver, dime, ¿cuáles son los tres errores que he cometido?

Aunque seas muy poderoso, no lo eres más que yo —respondió el viejecito con su apagada voz— y errores, muchos son los que has cometido últimamente, pero sólo me refiero a los de hoy: viniste caminando cuando pudiste venir en tu caballo, desconfías de ti mismo porque piensas no hacerme la petición que pensabas hacerme y piensas que eres muy sabio, pero te dejas engañar por las apariencias.

Sonrojado, el charro respondió: tienes razón en cuanto a lo de venir caminando: fue una penitencia para merecer tu favor, pero al verte me doy cuenta de que eres un viejo inútil, lo que se ve no se juzga. Respondió el viejecito: si yo no tuviera los poderes que en el pueblo dicen, yo no sabría quién eres, por qué estás tan triste y tampoco sabría qué es lo que vienes a pedirme. Y te adelanto que la respuesta es sí; yo sé las poderosas palabras mágicas que harán volver el cofre encantado a tu casa.

El brujo negro no podía creer lo que escuchaba. Era imposible que aquella cosa de nada que se encorbaba ante el fuego pudiera tener más sabiduría que él. Respondió: pues si sabes esas palabras, dímelas, que yo te daré una recompensa muy grande. El anciano sonrió y preguntó: ¿Qué me prometerás? ¿La mitad de tus monedas de oro? Vaya que si eres para dar risa, antes de entregármelas, me matarías, como ya lo

hiciste con otros dos hombres. Yo no los maté, se defendió el hombre de negro.

Da lo mismo –respondió el anciano–, además yo no necesito nada de ti. Lo que tengo me basta y hasta me sobra. Mis ovejas y mis cabras me dan todo lo que necesito: leche para beber, queso para comer y de vez en cuando, si quiero, puedo hacer cecina para comer hasta para un mes y más, que poco es lo que come un viejo. Para mí, tus monedas son como eso. Y apuntó hacia una pequeña vereda que bajaba de la choza y terminaba en un pequeño corral donde reunía dos o tres chivas y cuatro o cinco borregos. Pero no apuntaba a los animales, sino a lo que estaba entre sus patas: unas bolitas negras y mal olientes. Sí, se refería a las cagarrutas de sus animales.

El anciano sonrió francamente, volviendo su desdentada sonrisa al visitante, éste, desconcertado preguntó: Entonces ¿cómo te habré de pagar el favor? Con nada, respondió el viejo. Nada necesito, nada quiero de ti. Por lo que a mí toca, te será totalmente gratis. Y ahora la sonrisa del viejo fue enigmática.

¿Qué quieres decir? Interrogó el visitante. Quiero decir, agregó el anciano, que yo nada tomaré de ti, pero del hado nada sé decir, tú tienes que hacer tus cálculos. Porque el destino es como el viento: algunas veces nos favorece y otras no; por lo tanto, tú decide si usas la magia que te enseñaré y así como puedes hacerte más rico o más poderoso, podrías hacerte pobre y desamparado. Tú decide si estás dispuesto a arriesgar.

El charro se quedó pensativo un momento y agregó. Está bien, acepto, dime el truco y ya veré luego si lo uso. De acuerdo, pero si lo que después resulte no te gusta, yo no soy responsable, ni podré deshacer lo hecho; tendrás que aceptar, porque esta magia no tiene manera de deshacerse. No hay cuidado, dijo el visitante, yo me hago cargo.

—¡Madamín, madamún, quiero mi tesoro! —Así de fácil dijo el anciano—. Y ahora márchate, que apestas a azufre.

Empezaba a anochecer cuando el brujo se alejó de la choza. Pasaba y repasaba aquellas palabras en su mente sin atreverse a pronunciarlas. Finalmente se decidió y las pronunció lo más fuerte que pudo, y al terminar, se dejó ver la encguecedora luz de una tremenda centella; de inmediato un rayo no menos poderoso cayó en seco sobre un árbol cercano. Fue tan poderoso el sacudimiento de la tierra que el hombre no pudo sostenerse de pie; la fuerza lo lanzó uno dos metros del lugar donde estaba parado.

Dejó pasar unos minutos para reponerse del aturdimiento, y cuando sentía que aquel cataclismo estaba pasando, intentó ponerse de pie y entonces descubrió que aquella poderosa magia lo había transformado. Sus botines había desaparecido, y en su lugar calzaba unos viejos y desgastados guaraches. Sus hermosos pantalones de terciopelo con botonaduras de oro se habían convertido en un calzón de manta y su lujoso chalequillo de seda no era ya sino una rasgada camisa de indio. Se tocó el rostro y se dio cuenta que le faltaban dientes y que sus mejillas estaban surcadas por las arrugas. Intentó ponerse de pie, pero estaba

muy débil, sus flacas piernas de anciano no respondían a sus deseos. Como pudo, casi arrastrando, se acercó al árbol que ardía y ahí pudo ver un escenario muy conocido por él: era su habitación en penumbras. Al fondo, semi oculto por unos cortinajes estaba su amado cofre. Estiró la mano para alcanzarlo. Y aunque sus dedos y sus brazos entraron por entre las llamas, no se quemó, sino que pudo tocar la cubierta de su arca. Levantó la tapa y vio lo que jamás se hubiera imaginado: al interior no había monedas de oro, sino cagarrutas de corderos y cabras.

En el acto, la visión desapareció. El árbol volvió a estar fuerte y lozano como lo había estado poco antes. El anciano se levantó como pudo, recogió una vara para usarla como bordón y con paso lento y torpe empezó el descenso rumbo al pueblo. Mientras arrastraba sus débiles pies de viejo decrepito, descubrió una última transformación: su mente ahora estaba muy saturada de ideas, conocimientos y pericia. Suspiró un poco y se dijo con sabiduría: ya veo que el hado me cambió un tesoro por otro.

Pihuamo, Jalisco



Carolina Gómez Cea

¿TE GUSTA LEER?
¡ESTO ES PARA TI!



¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!

TALLER DE LECTURA

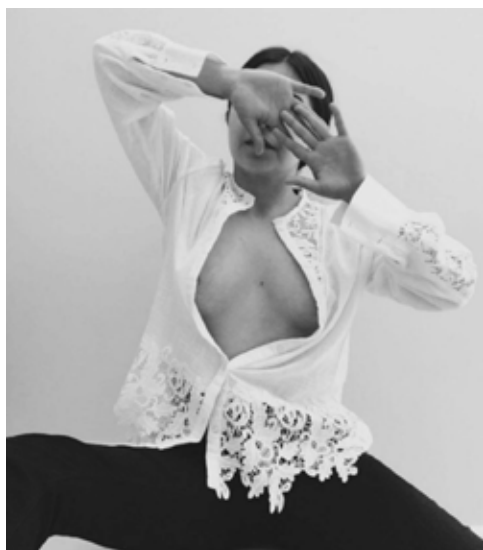
¿Interesado?



CONTACTO@PORESCRITO.COM



Juan Pablo Pérez Martínez, *Sin título*



Stef Gy, *Nahuab*



Santiago Hoyos, *Sin título.*



Santiago Hoyos, *Sin título.*



Santiago Hoyos, *Sin título.*



Juan Pablo Pérez Martínez, *Sin título*



Esteban Sanders, *Perspectivas 3*



Cecilia Durán Mena, *Sin título*

Cómo ser un muerto decoroso (y no vivir en el intento)

Reynaldo Bernal Cárdenas

Instrucciones para muertos principiantes:

Mantener el decoro una vez franqueados los límites impuestos por esta vida ha de ser tarea simple, mas no por ello irrelevante. No podéis argüir cansancio cierto, pues no requiere esfuerzo ninguno. Sólo tenéis un tiempo, una oportunidad, aquella que pocos se dan al trabajo de aprovechar. Diestro soy en las arterias de enseñar a morir con decoro. Así pues, seguid mis consejos para asegurarte el debido reconocimiento entre las oscuras hordas que os esperan. No serán de ejercicio forzoso, por supuesto, pues a bien tengo respetar las decisiones de quienes pasan a mejor vida.

La serenidad es importante. Como en tiempos de tu otrora vida, recordad la primera advertencia que se os hizo frente a peligros apremiantes: mantener la calma. Esta debe preservarse hasta que se haga paso la positiva resignación. Una vez domines en ti cualquier aprehensión, consecuencia de tu nueva condición, prepárate para el siguiente paso, el cual debes dar con toda exigencia, pues aquí a muchos he visto claudicar. Pero antes, no distraigas tu atención buscando encauzarte en la oscuridad de un túnel con luz en el extremo, ese camino —que parece de hormigas de tan angosto— suele estar transitado todo el tiempo. Preguntarte no debes la razón de haber adquirido prontamente el carácter de difunto, dejad esos vanos desperdicios de tiempo a cuantos desfilan hoy ante tu apacible y refulgente féretro, a los que no comprenden aún el prestigio de la muerte.

Toma para sí la más honda de las soledades: despojarte de todo les será posible, pero tu muerte es sólo tuya. Cuando la adquieras, imposible será abjurar de ella o pensar siquiera en que te la desposean. No cejarás en tu empeño. Serás tan muerto como tú quieras (ser un muerto con galanura no es imposible, ¡esfuézate!). Para ello puedes empezar por trabar amistad con la soledad; en realidad careces de cualquier otra compañía. Conversar con otras soledades, que quizá se crucen en tu camino, será posible y ayudará en tu proceso de adecuación —las he visto desfilan a paso quedo—, pero de ningún modo les permitas allegarse a la tuya.

Hablaréis de cuanto os queda por vivir, es decir, por morir, porque, aunque no lo entendáis ahora, que apenas te estrenas, habrás de comprender que la muerte se vive para siempre. Vigila la oscuridad, suele mantenerse al

acecho de los nuevos para cubrirlos con su tosquedad discorde y borrar cuanto vestigio queda de su realidad. Tomarás la razón de morir como más cierta que la de vivir, visto que esta última es sólo un parpadeo en la eternidad de la primera. El carácter de tu nuevo estado no te permitirá añoranzas elegiacas de cuanto pudiste y no hiciste, así que échate a andar y no desistas en buscar tu lugar en la nulidad del vacío.

Tieso y sosegado como estás en tu caja mortuoria, ofreciendo tu rostro exangüe como un espejo al misterio, advertirás un cortejo de parentela que poco o nada tuvo que ver contigo. Expuesto sin reserva estarás en esa vitrina —para deleite de muchos y pesar de pocos—.

La tía Rosa, ¿qué hace aquí la muy adicta? El primo Manuel, jamás lo viste más sobrio que hoy. Tu jefe William, ¿dejó ya a la zorra de su mujer? Antonio, tu hermano, ¡cerdo egoísta!, no te pagó ni un céntimo de la deuda. Helena, tu amada esposa, acabas de notar su sonrisa ladina.



Carolina Gómez Cea

Harás sordos tus oídos (en realidad ya lo están) a cuantas cosas se digan de ti, buenas y malas. Desestímalas; sólo así podrás conservar el decoro, y mantenerte de cuantos allí están, como el más noble. Estás muerto. Acaso estar muerto sea una nueva experiencia para ti, pero te acostumbrarás; es ese, no otro, el destino común para todos. Comprender tu nuevo estado equivale a aceptar esta premisa.

Rumbo al crematorio actuarás con presunción. Tu tiempo terminó, tu eternidad recién comienza. ¡Ámala ya, triste futuro de los que aquí quedan!

El extraño visitante del ático

Elisa de Sampedro

Siempre quise tener un ático. Aunque, la verdad, la sola palabra resulta extraña en la ciudad ecuatorial donde vivo. Al menos tratándose de esos áticos que se forman por el espacio que dejan las dos aguas de los techos inclinados, diseñados así para despejar la nieve caída en invierno.

Pero desde niña soñaba con ese extraño *bunker* ubicado en la parte más alta de casa, iluminado con pequeñas ventanas, alejado de todo y de todos, desde donde pudiera contemplar, protegida, el mundo circundante.

Sería como un refugio personal para mí, que en realidad soy un búho. Un búho nocturno que no se lleva siempre con la luz.

Para mi desánimo, en el ocaso de mi juventud comprendí que nunca me mudaría al septentrión ni al extremo austral, donde las nieves hacen necesaria y muy común esa estructura arquitectónica.

Pero un día la necesidad me mostró un camino para lograr mi sueño. Mis gatos necesitaban salir y entrar a casa mientras yo me encontraba fuera. Para ellos, todo el día afuera o todo el día adentro, no era válido.

Entonces lo ideé: en el condominio, mi departamento se encontraba en lo más alto y justo arriba del mismo, arriba de mi habitación, se ubicaba mi pequeño cuarto de servicio. Durante meses lo tramé: hacer un agujero en el techo desde mi departamento que comunicara con el piso del cuarto de servicio, allá arriba, en la cumbre.

Descabellada idea que, sin embargo, resolvía la necesidad de mis gatos. Desde allí, por una pequeña ventana, entrarían y saldrían a libertad.

Y así yo tendría mi ático *sui generis* en pleno trópico.

Tendría mucho de lo que soñé y, sin embargo, jamás imaginé que mi sueño una vez realizado traería consigo otro ingrediente tan común en las historias de áticos: un fantasma.

Pero no, no se espanten, porque este no es un relato de terror.

Es una historia que se tomó su tiempo.

Creo que comenzó una noche en la que un café tomado a deshoras me quitaba el sueño en plena madrugada.

Estaba bien sumergida bajo sábanas y cobertores y con mis gatos a un lado pero, ya saben, con los ojos pelones.

Y entonces lo escuché.

Rayos, me dije, ¡eso fue un suspiro...! ¡Y fue allá arriba! Mis dos gatos levantaron las orejas y miraron hacia arriba. Esa era la señal infalible: si ellos reaccionaban así, era que algo ocurría allá arriba.

Pero me quede quieta, petrificada. Y entonces se repitió. Un suspiro triste. Y largo.

Maldita sea, me dije.

Me puse de pie, me calcé las sandalias. Me cubrí un poco el pecho —ya saben, las enseñanzas de mamá que nunca se olvidan.

Me armé de valor y subí torpemente por la escalera de peldaños.

Atravesé el vano del agujero y aterrorizada lo vi allí. Un maldito fantasma se había metido a mi ático, ¡mi ático personal!

Como en película de horror, se imaginaron, me quedé como piedra mirándolo y esperando lo peor. Sin embargo, ocurrió algo muy extraño. El miedo desapareció. Era algo que nunca había experimentado.

Bueno, no es que yo me encontrara con fantasmas todo el tiempo. Pero sí que había tenido pesadillas desde pequeña, y muchas, y esto de sentir de pronto que el miedo desaparece y se vuelve nada, no es algo usual. Lo dice una experta en sustos, que eso sí soy.



Raquel Gómez

Me quedé mirando allí y lo observé: estaba sentado en el piso, en un rincón, ligeramente agachado, con las rodillas levantadas y los brazos sobre ellas. Inmóvil. Lo más extraño era que no parecía tener rasgos faciales. Parecía todo él una especie de plastilina gris. Casi un maniquí. Del miedo pasé a la nada. Y de la nada al desconcierto. Más bien estupefacta, bajé de vuelta las escaleras. Mis gatos me miraban muy atentos para que yo les diera la señal: salgamos todos huyendo de aquí o no hagamos nada.

Pues no hicimos nada. Me volví a meter a la cama, me acurruqué, y mis dos gatos, suspirando también, renovaron su sueño. Mas yo me quedé pensando.

Ese fantasma más bien parecía hastiado. Aburrido. Imaginé una

eternidad haciendo brincar de pánico a gente incauta en áticos, cuevas o ventanas durante tormentas nocturnas. ¿Podría un fantasma hartarse de ser fantasma? ¿Podría hartarse de hacer siempre lo mismo? Pensé que sí. Finalmente de todo se aburre uno. Hasta de espantar.

Porque mi fantasma ya no espantaba. Y no solamente porque ya no lo intentase, sino porque ni siquiera su inmóvil presencia daba miedo.

Pensé que, en una de esas, tal conjunto de extrañezas formaría parte del proceso natural de muerte de un fantasma. Quedarse quieto. Ya no aspirar a nada. Ni siquiera levantar la mirada. Una suerte de desintegración paulatina e imperceptible hasta que ya no quedase nada de él.

Pero no me atreví a preguntarle. Quizá el sufrimiento de la nada fuere ya por sí mismo suficiente como para que, además, la tipa debajo del ático se pusiera a hacer preguntas incómodas.

Aquel fue, no obstante, el principio de una serie de encuentros recurrentes.

Sólo esperaba a que fuera muy de noche y todo estuviera bien oscuro. Me acurrucaba en mi cama y esperaba a escuchar el fino suspiro de mi fantasma. Entonces sabía que estaba allí.

Así que me ponía las sandalias, me cubría levemente el pecho —ya saben—, y subía despacio la escalera, sabiendo que allí estaría él.

Iba subiendo poco a poco hasta que podía verlo. Apenas se percibían residuos de luces que lograban colarse por las ventanas. Lo suficiente para distinguirlo. Cuando mis hombros habían superado el piso del ático, me volvía suavemente y allí estaba.

Como decaído, con la cabeza gacha. Como un jornalero al final de un día especialmente duro.

Sentía tanta pena por mi fantasma.

A veces, fantaseaba con emitir en ese momento un fuerte y desgarrador grito de pánico, de esos que se escuchan hasta el otro lado de la calle y que hacen erizarse la piel de los vecinos a medianoche.

Especulaba que quizá eso le devolviera la alegría de vivir a mi fantasma.

La alegría de vivir... qué ironía para un ser que, por definición, carece de vida.

Pero la verdad es que nunca se me dieron mucho los gritos.

Cuando era pequeña y tenía sueños espantosos, generalmente un nudo en la garganta me impedía proferir grito alguno... Con mucho esfuerzo, acaso, lograba emitir dos sílabas: ma-má... ma-má...

Y entonces mi madre, heroica, que mientras dormía escuchaba hasta un alfiler rodar por el suelo, se incorporaba presurosa preguntando desde su recámara quién me habló. Yo, decía la miedosa de su hija; es que tuve un sueño feo, explicaba. Y entonces ella venía y se sentaba a mi lado, me daba consejos y me hablaba cosas bonitas. Hasta que el miedo desaparecía y el recuerdo del

sueño también. Entonces ya era posible volver a acostarse sin el temor a que el espanto se repitiera.

Pero no gritaba, no. Y ahora menos. Porque cuando estás triste no puedes gritar. No cuando tu amigo el fantasma está tan triste.

¿Mi amigo el fantasma? Cosas tan raras que digo ahora...

El asunto es que, una vez tras otra, cuando escuchaba su suspiro ya avanzada la noche, repetía mi rutina. Me quedaba allí asomándome sobre la escalera y lo miraba.

A veces le decía hola, me da gusto verte otra vez. Estoy segura de que en ocasiones al escuchar estas palabras hacía un leve gesto con la cabeza, y su mano que caía por delante de su rodilla alcanzaba a levantarse un poquito. Me daba cuenta así de que me estaba escuchando. Percibía que mi voz no le parecía un espanto. Que algo tenía de familiar, que algo tenía de buena. Y eso me hacía sentir mejor conmigo misma.

Un día, hice acopio de valor para terminar de subir por la escalera y sentarme a su lado. Pero, que digo, cuál acopio de valor si sentía muchas cosas, todas excepto miedo. Bueno, así se dice en estos casos, ¿no?

Total que subí y me senté a su lado. Suavecito, sin hacer mucho ruido, como hacen los cómplices... No sabía qué decirle. Mi mente parecía en blanco. De cerca, lo miré con más detalle, con algo de curiosidad. Se veía algo más gris y menos oscuro. Algo menos sombra.

Pero tampoco es que se le apreciaran más rasgos. Nunca me atreví a encender la luz porque sabía que con ella él desaparecería. Y tenía miedo de que desapareciese para siempre.

Así que me puse a cantarrear. Traté de recordar melodías bonitas, esperanzadoras, rondas de la infancia acompañadas con cantos... Pero no me venía ninguna a la mente. Pobre de mí. Ni siquiera sabía consolar a mi fantasma.

Pero sí se me ocurrió alguna tonadita improvisada. Quería que él me percibiera a su lado para no sentirse peor. Sólo movía un poquito la cabeza otra vez y otro poquito la mano. Y yo me imaginaba que probablemente ya se había entumecido de tanto estar en la misma posición y que sólo quería descansar, y no sé... Pero qué locuras, de cuándo acá los fantasmas tienen articulaciones que descansar...

Luego bajaba a mi recámara porque comenzaba a entrarme sueño.

Un día mi fantasma ya no apareció. Quiero decir, que pasaron muchas noches y nada de sus suspiros.

Por ello, en ocasiones subía aunque no lo hubiera escuchado. Me asomaba y nada. Canturreaba y nada. Incluso un día intenté un pequeño grito de miedo, y nada.

Bajaba. Dormía.

Al día siguiente lo repetía. Nada.

Incluso en alguna ocasión fui a sentarme justo en su rincón. Quizá, pensé, cuando vea que estoy ocupando su lugar se anime a aparecer. Quizá, molesto, recuerde lo que es espantar y me haga un *buh* aterrador. Pero tampoco funcionó. Nada.

Un día de otoño mientras paseaba sola por el parque, reparé en que ya había olvidado a mi fantasma.

¿Sería eso lo que él esperaba de mí? ¿Sería lo que se suponía que debía ocurrir?

No estoy segura. Pero acaso parte de su tristeza se quedó conmigo. La traigo conmigo. Tal vez, no lo sé, ese era el plan inicial de mi fantasma. Succionar un poco de mi alegría y llevársela, e intercambiármela por una parte de su pesar.

Mientras caminaba, sonreí levemente. Porque esa idea me gustó. Porque entonces significaría que, quizá, en algún ático misterioso, en algún país que sí tiene áticos, mi fantasma está ahora erizando la piel de los vecinos de cuando en cuando, con el grito desgarrador de una pobre mujer que tuvo la mala idea de subir a dejar un par de cubetas vacías a su ático, a una hora en la que, todos lo sabemos, vaya, no conviene subir porque se aparecen los fantasmas.



Raquel Gómez

Paredes blancas

Ashley Manzano

—¿Asunto?

—Tengo una cita a las diez...

Desiré extiende su mano mostrando un carnet a la señora que se encuentra detrás del cristal sucio. La recepcionista busca entre carpetas desgastadas y llenas de hojas el expediente. Desiré se da cuenta de que las dos veces que ha estado frente a la mujer nunca la ha mirado a los ojos, se siente tonta y ridícula estando en ese lugar duro y frío como un hielo. Mira a su alrededor buscando algo que no encuentra, porque en ese lugar, los enfermos como ella se pierden fácilmente, entre los bloques interminables que se extienden sobre el horizonte. Se confirma a sí misma que aquel lugar no tiene nada que ofrecerle. Y si es así, ¿por qué ha de mejorar viniendo a él?

Una mano kilométrica sale como un gusano desde la última puerta del pasillo; trata de reírse de lo absurdo de la situación para no salir corriendo; la mano la guía del antebrazo apretándola muy fuerte para que no escape. Siente la necesidad de quejarse, pero no lo suficiente para que aquella mano arrugada la suelte. Se asegura de caer sentada en la silla, al momento que una voz le ordena que se descubra el brazo antes de que se lo arranque. Desiré obedece mientras intenta hacer contacto visual con aquella figura blanca de cabellera roja. Observa que otra cómplice escribe los números que la voz de soldado le dicta. La mano aprieta con fuerza el oxímetro, y esta vez Desiré abre la boca para decir algo. La figura blanca adelantándose a la situación le dice que se calle, que si no quiere que le duela, para la próxima vez no se le ocurra llegar con sus uñas pintadas.

La empujan de la enfermería hacia el pasillo. Camina en dirección al consultorio mientras piensa si habrá una próxima vez. Su andar torpe y confuso la lleva de frente a un ventanal gigante por donde la luz le golpea los ojos con explosiones. Se molesta consigo misma por no defenderse. ¿Hasta cuándo seguirá viviendo de esa manera? A través de los huecos de los árboles descubre que puede ver la calle, donde los autos y las personas se mueven en armonía con la vegetación. Desde pequeña se había acostumbrado a mirar el mundo por las rejillas, los barandales y las celosías. Ahora deseaba estar en el centro del patio hasta que la luz incendiara su piel como lo hacía con las hojas verdes, como el contorno de la escultura en el pedestal; ser una caricia libre, lejos del edificio suspendido entre muros y pasillos que no llegan a ningún sitio.

Se ve en el cristal como si mirara una película, lejos de su cuerpo.



Carolina Gómez Cea

No deja de sonreír, aunque por dentro se encuentre aterrada. ¿Cómo es que ha terminado así? ¿Cómo es que todo se le muestra tan irreal? Hace meses que su cuerpo vuela como hierba seca, pisoteada y hecha polvo. Hace días que ve llorar a las montañas heridas, con sus árboles recortados con tijeras y pegados sobre el suelo árido. Hace días que no se baña, y sólo es consciente hasta que su madre se lo recuerda. Días en los que no sabe nada de Genaro, ni de Romina, ni de Azul, ni siquiera de su gato Simón. Aquellos nombres ya no significan propiedades y se disuelven por su lengua apenas los pronuncia. La única que aparece repentinamente es Lorena: su madre. Le trae comida, montones de hierbas curativas y textos bíblicos para que lea y se mejore. Desiré se ve a ella misma sentada frente a su madre, dándole vueltas a la cuchara en el plato de sopa. Su mamá ignora todo y sólo se concentra en las imágenes de la pantalla de su celular. Las manchas de humedad en la pared crecen a su espalda, se vuelven ríos de pintura escurriendo por las mejillas de su hogar. Lorena le había advertido días antes que las casas también se ponen tristes, y ahora esa tristeza se mostraba visualmente ahogándolas en medio de los platos, las sillas y los muebles.

Un colibrí se estrella en el ventanal y le espanta la visión. Trata de buscar al ave en la cornisa, pero no lo encuentra, levanta su rostro y ve reflejada una cara con ojos hundidos, rodeados de plumas llenas de ácaros y un pico roto que le sangra en abundancia. Se aleja pegando un grito que trata de tragarse llevándose las manos a la boca. Una enfermera se acerca a ella y la sienta en una silla. Le sugiere que para la próxima venga acompañada, no sin antes darle unas palmaditas en la espalda como diciéndole “pobre loca”. Se aleja hacia el consultorio y llama a la doctora Lombarda.

Desiré entra al consultorio mientras mira de reojo a la doctora. Nota que su cara tiene una mueca marcada de cansancio y aburrimiento. ¿Cuántas

personas atenderá al día? ¿Serán tan patéticas como Desiré? Lombarda mueve unas hojas de la mesa de su escritorio y levanta la mirada para encontrar la de Desiré: le sonríe. La falsa cortesía molesta a su paciente. No tiene que fingir en un lugar seguro. Al menos, eso le había dicho la primera vez que se conocieron. Ese día Desiré iba acompañada de Lorena, que no dejaba de interrumpir a su hija como si ella fuera la paciente. “Mi niña es muy buena, por eso le pasan esas cosas”. Desiré nunca se había sentido tan lejana a una descripción, no era verdad que fuera buena, y desconocía lo que eran “las cosas”. Por suerte, Lombarda la sacó del consultorio antes de que comenzara a inundarse la habitación y el flujo del agua intentara ahogarlas una vez más.

Los doctores siempre le recordaban lo tonta que era, diciéndole que lo que describía ella no concordaba con la realidad. ¿Con qué facilidad se atrevían a asegurar aquello? ¿Cuáles eran las pruebas? ¿Por qué los doctores creen saberlo todo, cuando en realidad sólo hacen juicios de lo que se les muestra? Tal vez las montañas heridas le mostraban la verdadera realidad. ¿Por qué no pueden existir las casas que lloran? Ese rechazo la convence de sus virtudes. Por fin, después de mucho tiempo, decide. Decide que no quiere estar ni un segundo más sentada frente a la doctora que ahora le parece extraña. Decide que no volverá a permitir que le digan qué hacer y qué pensar.

Sobre la pared, estático y mirándola solemnemente, se haya colgado su destino. La pintura de tonos amarillos, de pinceladas duras y desordenadas la comprende, mostrándole la salida entre sus manchas y texturas. Con decisión pone sus pies sobre la silla azul, Lombarda la mira atenta, coloca la palma de su mano sobre el botón rojo, vigila con cautela cada movimiento de la loca, esperando el momento para activar la alarma. Desiré la mira burlona, siente lástima por aquella mujer. Ella nunca sabrá lo que es la compasión de las montañas, ni lo que es ver lágrimas correr por las paredes, ella no podrá ser luz de la mañana, ni corriente de aire girando sobre la tierra. Desiré coloca las manos sobre el marco de madera e introduce su cabeza, en un clavado hacia el mundo de los colores y las formas.

La doctora Lombarda se levanta, se quita los lentes y se alisa la bata blanca, sale del consultorio y camina en dirección a la recepción.

—¿Asunto?

— Soy yo Leticia.

— Perdóneme, doctora, creí que era su paciente...

— Hay que archivar su expediente en la sección de ¡"altamente peligrosas"! Y recuérdeme al director mi petición de quitar los cuadros en las paredes de los consultorios.

— ¿Se volvió a escapar la loca?

— Espero que esta vez ya no regrese...

Ascenso laboral

Manuel Jorge Carreón Perea

Durante años tuve la firme convicción de que las personas pueden pasar una vida de miseria si logran obtener uno que otro triunfo, por insignificante que parezca. Titularse, obtener un ascenso, que la chica deseada en la preparatoria acepte su solicitud de amistad en Instagram, una noche de sexo desenfrenado... el hecho puede variar según la persona y su carácter.

El problema —o los problemas— viene cuando pasa ese momento y se mantiene como un recuerdo perpetuo que atormentará a la persona porque nunca regresará. Los logros son como las desgracias: quedan marcadas en nuestra memoria, muchas veces para siempre. Ya decía Borges, que la gloria era una forma de incompreensión, quizá la peor de todas.

El caso de Leobardo es el de un infeliz oficinista que alcanzó una posición inmerecida. La historia es esta:

Al salir de la Universidad, Leobardo continuó trabajando en el Despacho Burbujo-González del Villar y Asociados, el mismo que lo contrató como *pasante* cuando cursaba el quinto semestre. La paga era poca pero en palabras del socio principal “se compensaba con la experiencia obtenida y el prestigio alcanzado”.

Es difícil saber cuántos años son necesarios para dominar el trámite de oficios de un juzgado a otro, pero él estaba convencido de que más de seis meses eran demasiado.

En repetidas ocasiones pidió que le encargaran otro tipo de tareas, aquellas a cargo de los pasantes que venían de universidades de paga, y que “leían en inglés”, pero la respuesta fue invariable: “No sabes escribir y al leer confundes las cosas”. Las primeras veces sintió una digna rabia y estuvo a punto de renunciar, de irse de ese lugar para siempre, pero eso nunca pasó. Se contuvo y continuó. Asimiló esa humillación y la tomó como una muestra de que a los ricos les va mejor por su condición.

Es posible que su destino fuera envejecer en ese despacho si la casualidad no jugara algunas partidas favorables, de vez en cuando, en la vida de cada persona. Muchos no aprecian los signos que se les presentan y dejan pasar la oportunidad, la desaprovechan. No fue el caso de Leobardo. Él sí estuvo atento y no dudó ni un segundo.

Una mañana de junio, un antiguo compañero de la Universidad Federal lo contactó para que comieran juntos y platicar de un proyecto. Pactaron el encuentro en un Sanborns porque Leobardo leyó que ahí era “el nuevo lugar para hacer negocios”; Julio (el nombre de su discípulo) lo saludó efusivamente y sin mediar más palabras fue al grano: acababa de ser nombrado Director en la Secretaría de Agronomía y tenía disponible una plaza de Jefe de Departamento que le ofreció. “Pasa directo, es una contratación

inmediata, pero te pagan hasta dentro de mes y medio, retroactivo por supuesto” sentenció Julio.

Leobardo, atónito por la franqueza y aplomo de su compañero universitario, tardó un poco en asimilar la propuesta. Terminó aceptando al cabo de unos minutos. Regresó a la oficina, solicitó audiencia con el socio principal pero la secretaria le comentó que no regresaría hasta el día siguiente, que si quería podía dejarle un recado. Visiblemente molesto dijo que no y camino a limpiar la *caballeriza* (ese mueble característico de las oficinas) que ocupaba, mandó un mensaje al abogado principal comunicándole su renuncia.

Por su mente pasó la idea de que le rogarían que reconsiderara su salida. Incluso fantaseó con las respuestas que daría ante un escenario así. La que recibió lo descolocó: un “Mb” y nada más. Con dos letras terminaba toda una etapa de su vida. Ni siquiera dos palabras. A eso se resumieron más de 1,000 días que le dedicó a ese despacho.

Al salir por última vez de la oficina, llamó a Fátima, su novia. La invitó a comprar un helado para platicar y celebrar su nueva vida. Ella aceptó y se vieron en el Centro de Coyoacán. Lleno de ilusión le narró letra a letra lo que sucedió: desde el mensaje de Julio hasta las últimas palabras que cruzó con sus ahora excompañeros. Cuando terminó de hablar ella lo abrazó, besó y le dijo que estaba muy orgullosa de él, que ese nuevo puesto en el Gobierno era más que merecido –aunque esto era falso– y que abriría una nueva historia, una mejor, en su vida –esto era probable–.

La miró con alegría y le expuso sus planes. Una boda, ahora sí, era posible. Pensó que sus años en la Universidad por fin habían dado frutos.

La vida era buena y valía la pena.

Al día siguiente se presentó media hora antes de la hora pactada con Julio, porque quería iniciar “con el pie derecho”, pero su amigo llegó 45 minutos después. Lo saludó y sin mediar palabra lo condujo con el Subdirector, quien sería su superior inmediato. “Te lo encargo” fueron sus palabras y se retiró.

El subdirector respondía al nombre de Fidel Aguirre.

Lo miró con desprecio –quería ese puesto para la novia de su hijo– y le indicó lo que sería su actividad principal, además de las “actividades de apoyo personal” que debía cumplir. Leobardo asintió a todo y dada su inexperiencia pensó que así se conducían todos en la administración pública.

Pronto inició el descenso al infierno burocrático que, si cabe la comparación, es peor que el católico. Fidel lo atosigaba de múltiples maneras. Al principio se paraba enfrente de su oficina para ver si llegaba tarde, pero Leobardo era puntual hasta el extremo de ser enfermizo. Entonces la estrategia cambió: lo dejaba de guardia entre semana hasta las nueve de la noche y los sábados. “Eres el nuevo y tienes que pagar la novatada” le decía a modo de justificación.

También le regresaba todos y cada uno de los oficios que le proponía

para firma. Cualquier excusa era válida, ya fuera una coma mal puesta, un acento faltante o el tipo de letra.

Su línea de pensamiento fue la misma: estoy aprendiendo, él tiene un estilo y debo mejorar. Esto al principio, porque pasadas las semanas se dio cuenta de que Fidel la traía consigo, que no le simpatizaba.

Comenzó a tener extremo cuidado al redactar oficios y tomó varios cursos en línea para mejorar.

Sin embargo fue infructuoso. A pesar de que los oficios fueran impecables, Fidel le pedía que los repitiera porque ese día la leyenda de despedida tenía que ser diferente. A veces cambiaba de “Un cordial saludo” a “Sin otro particular por el momento” o una que le encantaba “Sin otro particular por el momento, le reitero la seguridad de mi consideración más distinguida”.

Aunque no era su función, Fidel le pidió llevar el control de la correspondencia que llegaba y el libro de Gobierno, aquel cuaderno en donde se asientan los números consecutivos que se ocupan para distinguir los oficios.

“Esa es tarea de Dana, la secretaria” le contestó Leobardo. “Sí, pero ahora quiero que lo lleves tú. Apóyala, ya ves que tiene mucha chamba” fue lo que el subdirector argumentó.

Y las actividades personales eran aún peor. Tenía que servirle como chofer cuando salía a “reuniones muy importantes”, muchas de las cuales se desarrollaban en el hotel “Torremolinos”. Cada quince días le daba dinero para comprar un libro de determinado tamaño y color para adornar su biblioteca. No importaba sobre qué tratara, sino el forro. Aquí se juzgaba un libro como bueno o malo por su tapa.

También, en un franco escenario de dominación, le pidió como favor que pagara quincenalmente el seguro de un carro porque no podía domiciliar el pago a su tarjeta “por cuestiones fiscales”. Como beneficio, el descuento se



Carolina Gómez Cea

hacia directamente a nómina, así que se libraría de tener que ir al banco. Claro que le pagaría en efectivo el monto, le aseguró.

Leobardo era consciente del abuso, pero pensó que ayudándolo de esa forma mejoraría su actitud hacia él. Se lo contó a Fátima, quien estaba al tanto de las vejaciones y malos tratos que le profesaba Fidel. Ella le reclamó su actitud y le hizo ver que ese dinero nunca regresaría a su cartera. Discutieron por ello y estuvieron a un paso de terminar, pero la costumbre es una fuerza muy poderosa, así que terminaron por zanjar el tema.

Así pasó un año o tal vez sólo seis meses –¿quién lleva la cuenta de los días cuando en todos hay sufrimiento?– hasta que en un momento de curiosidad leyó con detenimiento el nombre de la persona dueña del carro cuyo seguro pagaba “Indalecio Llerenas”, repitió el nombre en voz alta porque le sonaba conocido pero no recordaba de dónde. Su compañero de caballeriza le interrumpió. “¿Buscas al Inge Llerenas?”, le preguntó para luego añadir “está en el tercer piso. Lleva nóminas”.

La situación le pareció extraña. ¿Por qué su jefe le pedía pagar el seguro de un chico de la oficina? Comenzó a sospechar que algo se traían entre manos, posiblemente un fraude o actos de corrupción. Si encontraba elementos, lo denunciaría.

Sobre el licenciado Fidel tenía muchos datos, pero era información inoperante para acusarlo de triquiñuelas. Cosa distinta era Indalecio que representaba una incógnita. Sobre él centró su atención.

Comenzó por buscarlo en redes sociales; para su mala suerte sus perfiles eran privados. Tuvo que seguir otro camino, más difícil pero que le arrojó información cierta sobre él. Lo siguió hasta su casa varios días para saber en dónde vivía, y un par de viernes a efecto de conocer los sitios que frecuentaba. Pero nada fuera de lo normal. Sintió frustración.

Su novia le dijo que igual y se trataba de una apuesta o de una deuda entre los dos, pero Leobardo intuía algo.

La respuesta tan deseada llegó de manera fortuita, casi por casualidad. Un miércoles llevó a Fidel al Torremolinos.

“Seguro va con su amante” pensó, pero era difícil saberlo porque a pesar de llegar al sitio él entraba solo y, tal vez por casualidad, nunca había visto entrar a nadie al mismo cuarto que él. “Igual y sólo va a dormir la siesta” reflexionó.

Mientras esperaba en el carro, sonó un celular. No era su timbre. Fidel había olvidado su teléfono. Lo tomó y en la pantalla aparecía el nombre de Indalecio. Estaba atónito. Ni como mandado a hacer. Pensó en contestar pero era demasiado riesgo. Fidel sabría que había sido él y su vida empeoraría. El aparato dejó de sonar y se sintió molesto por su cobardía. Las buenas oportunidades no ocurren dos veces en la vida. O se toman o no.

Pero se equivocaba. Volvió a sonar pero ahora con un tono distinto. No era una llamada sino un mensaje, que leyó de principio a fin. Indalecio le preguntaba en dónde estaba y si iba a tardar mucho porque lo extrañaba y quería

comer con él. Hoy era su aniversario y por tanto un día especial.

Una sonrisa fue creciendo en sus labios. Entendió todo y, mejor para su causa, podía chantajear a Fidel.

Con su celular tomó foto de la pantalla del celular, se bajó del auto y prendió un cigarrillo.

Minutos después el subdirector salió del hotel y le reclamó que estuviera fuera del automóvil. “A mí ya no me das órdenes gordo. Sé lo tuyo con Indalecio. Ahora las cosas van a ser diferentes. Ahí está tu pinche celular, márcale a tu amorcito” le dijo Leobardo. Fidel se quedó paralizado, con la mandíbula trabada. Nunca esperó ese recibimiento y maldijo su descuido.

Regresaron a la oficina con Fidel al volante. Leobardo experimentaba un gozo increíble. Quería pasar con Julio, el director pero también su amigo, para contarle el chisme aunque tenían semanas sin siquiera saludarse. Al llegar al edificio cada quien se fue a su lugar a retomar sus actividades en el “segundo turno”, eufemismo para nombrar el tiempo laboral que sucede al horario de comida. El subdirector se encerró y le pidió a la secretaria que no le pasara ninguna llamada. Ella le dijo que el licenciado Julio lo buscó pero que no estaría hasta el día siguiente.

Leobardo escuchó esto y lamentó tener que esperar un día para comunicarle a su amigo la situación.

Al día siguiente, jueves, por primera vez llegó tarde a la oficina (10 minutos pasados de la hora) con el propósito de que Fidel supiera que ya no le tenía miedo ni respeto. Pensó que estaría atento a su llegada pero no fue así. Pasaron 20, 30 minutos y ni rastro del subdirector. Le preguntó a la secretaria si sabía a qué hora llegaría. “A ninguna hora. Ayer dejó en mi escritorio su renuncia y me pidió que la tramitara. ¿Lo que son las cosas, no? Hace unos días comentó que si el licenciado Julio renunciaba, él tomaría su lugar”. Al terminar de decir esto, ella volvió a sus actividades.

Leobardo sintió desazón. Odiaba/detestaba a Fidel, pero no quería que se fuera. Tenía familia que dependía de su sueldo al fin y al cabo. Regresó a su lugar cabizbajo. Sentía que su renuncia era por su culpa.

Pasados unos minutos recibió un mensaje de Julio. Una sola palabra: “sube”. Se levantó inmediato de la silla y fue a su oficina.

Su amigo lo recibió con un abrazo y acorde a su forma de ser, fue al grano. “El pendejo de Fidel acaba de renunciar y estamos a un mes de rendir el informe de gobierno. Él llevaba ese tema. Como alguien tiene que encargarse, pensé en ti. ¿Puedes ayudarme, amigo? Obvio te cambiaré de lugar...”.

Leobardo no lo podía creer. Nuevamente la suerte le sonreía. Le agradeció a Julio casi llorando de la emoción. Éste se limitó a instruirle que le pidiera a la secretaria la información.

Casi como si fuera una calca de la ocasión anterior, llamó a Fátima, la invitó a cenar y, dada la ocasión, fueron a un motel para hacer el amor.

Acostados hablaron de irse a vivir juntos antes de que terminara el año. Ese nuevo puesto que acababa de conseguir lo facilitaría.

Ella, en un arranque de cordura le preguntó si Julio se lo había dicho. “¿Qué cosa?” inquirió él. “El puesto, ¿te dije que serías subdirector?”. Contestó ella. “Pues no formalmente, pero es un hecho. Soy su amigo, además me pidió una cosa de suma importancia” sentenció con optimismo.

La pregunta de Fátima tuvo efecto al día siguiente, cuando ya estaba más tranquilo y menos excitado, y entonces vino la duda. “¿Sí me ascenderá?” pensó, pero no le dio tantas vueltas a la idea porque tenía que concentrarse en el trabajo.

Antes de la hora de la comida Julio bajó al piso de Leobardo para preguntarle cómo iba. “El lunes hacemos el cambio, ya que estén todos. Te encargo mucho el informe” agregó antes de despedirse. Sus palabras lo tranquilizaron. Sí lo ascendería.

Pasó todo el sábado en la oficina para sacar antes de tiempo el informe. El domingo, acompañado de Fátima, compró un traje nuevo que estrenaría el lunes, cuando lo nombraran.

Su felicidad era inmensa. No dejaba de fantasear con todo lo que haría y sobre las nuevas oportunidades que se le abrirían. Quien sabe, igual y Fidel no se equivocaba al pensar en ocupar el puesto de Julio, era el paso natural.

Contrario a su costumbre, no desayunó en casa el lunes. Pensó que era mejor iniciar su flamante puesto con un almuerzo en forma en la cafetería “Las fantasías de Persia” que estaba a media cuadra de la oficina.

Llegó al lugar y pidió el desayuno marcado como “El leñador”.

En lo que esperaba los alimentos miró a su alrededor y vio entre los comensales a una antigua compañera del despacho, una chica lindísima llamada Juliana y con la cual llegó a fantasear. Incluso una vez la invitó a salir pero ella lo ignoró. Pensó en saludarla, pero no le dio tiempo ya que ella iba de salida.

Comió su desayuno mientras leía las noticias en su celular. Nunca antes lo había hecho, pero se convenció de que eso es lo que hacían los directivos. Terminó, pagó y dejó el 20% de propina, gesto que el mesero le agradeció en repetidas ocasiones.

Al entrar al edificio se encontró a Julio y a su excompañera esperando el elevador. Se saludaron y Julio le presentó a su acompañante. “Te presento a Juliana, mi novia”. Leobardo le comentó que se conocían de su antiguo despacho. “Mira. El mundo es un alfiler” le dijo.

Leobardo pensó en las primeras palabras que le daría a su equipo mientras subía el elevador. Cuando llegaron al piso, bajaron los tres.

Julio se dirigió a la secretaria y le pidió que llamara a todo el personal. Ella lo hizo de inmediato, presionada por quedar bien con el jefe. Cuando estuvieron todos reunidos, inició su discurso.

“Seré breve, ya saben que así soy. La salida imprevista de Fidel me obligó a tener que ocupar el puesto de inmediato para que no se interrumpa

el magnifico trabajo que realizan. Acordé con el titular de la unidad y ambos decidimos que el mejor perfil para ocupar la posición vacante es la licenciada Juliana Michelena de Alarcón, a quien tengo el gusto de presentarles. Les pido que la apoyen mucho. Ah, también les comento que el licenciado Leobardo ocupará la oficina 15. Ese lugar desocupado es ideal para que realice el trabajo que le encomendé. Gracias y adiós”.



Carolina Gómez Cea

El álbum de los recuerdos

Fidel Cantú Quintanilla

Evaristo es un anciano que vive solo con su amado perro Luca. Es diagnosticado con Alzheimer. Su familia, aunque amable y amorosa, permanece distante ya que no entienden lo que está pasando. Todo lo que Evaristo quiere hacer es mirar álbumes de fotos de su pasado y recordar todos los buenos momentos de su vida. Para ello, tiene una caja de madera en la que guarda imágenes en color sepia y otras en blanco y negro. Las fotos fueron tomadas en su juventud, con una vieja cámara polaroid que su padre le regaló.

Una noche, mientras revisa sus álbumes de recuerdos, Evaristo comienza a sentir una extraña sensación que lo invade. De repente, se encuentra transportado en el tiempo a sus días de juventud cuando estaba rodeado de amigos y familiares. Se reencuentra con otros del pasado que lo saludan cariñosamente como un viejo amigo.

La reunión trae consuelo a Evaristo en sus luchas actuales y comienza a tener una sensación de claridad. Recuerda todos los buenos momentos que vivió con familiares y amigos como si fuera ayer. Ahora puede recordar historias olvidadas y rostros que se habían desvanecido de su mente debido al Alzheimer. Se quedó dormido con las viejas fotos en la mano.

A la mañana siguiente, cuando llegó Miguel, su cuidador, don Evaristo estaba en pie. Preparaba café y tenía seis tazas vacías sobre la mesa.

—¿Está esperando a alguien, don Evaristo? —preguntó Miguel.

—Sí, hoy vendrá mamá a verme. Viene con mi padre y mis hermanos. Ayer durante la reunión que tuvimos dijeron que vendrán a casa —mencionó Evaristo.

Miguel sólo le escuchó, y para no herir sus sentimientos, decidió seguir con el tema de conversación, puesto que había amanecido de buen humor.



Carolina Gómez Cea

—¡Sólo les va a servir café!, ¿quiere que vaya a la panadería? —dijo Miguel.

—No, así está bien, me dijeron que traerán un pastel para celebrar el cumpleaños de Luca —dijo Evaristo.

—Entonces iré a comprar servilletas y platos desechables para servir —mencionó Miguel.

—Sí, me parece bien, compra también unas velas para celebrar los trece años de Luca.

Miguel se dirigió a la pastelería y compró un pequeño pastel de chocolate con fresas. Lo guardó para más tarde, cuando don Evaristo se dé cuenta de que nadie vendrá a verlo.

Recuerda que esto ya ha ocurrido en otras ocasiones. Un día habló por teléfono con su hijo Pedro, él lo reconoció y platicaron por mucho tiempo. En la llamada le dijo que vendrían a verlo, de eso hace ya unas dos semanas, y no se ha presentado. En esa fecha don Evaristo también preparó café.

Ayer había soñado que vendrían. Él ya no distingue lo que pasa en un sueño con su realidad. Su mente se ha ido apagando poco a poco. Lo único que lo hace regresar en el tiempo son sus álbumes fotográficos. Cada foto tiene una historia diferente. Yo las he escuchado todas. A veces pienso en sus pobres hijos y sus nietos que no vienen a verlo. Todo lo que se han perdido. ¿Cómo pueden no darse cuenta de todas esas bellas historias que tiene el anciano?, todo ese cúmulo de anécdotas, sucesos, recuerdos y memorias. Sé que en la familia hay una nieta que es escritora y ha publicado historias de la vida de las personas. Pues aquí es donde ella debería estar. Indagar y hurgar la memoria del abuelo antes de que le sea arrebatada. Aquí es donde ella puede sacar una buena historia, de esas que no se olvidan fácilmente. Sí que la hay. Yo mismo me las he aprendido. Don Evaristo ha vivido mucho más que la suma de todos los años que tienen sus cinco nietos.

Tal como lo había pensado. La visita que esperaba no llegó. Otra vez lo dejaron solo. No vino nadie a visitarlo. Las seis tazas fueron guardadas nuevamente en la alacena, sólo quedaron dos. La de él y la mía. Fui por el pastel que tenía escondido y se alegró escuchar el preguntarle: ¿Sabe quién ha traído el pastel?

—¿Quién? —preguntó don Evaristo.

—¡Su mamá, don Evaristo! Vino su mamá a traérselo. Pero no pudo quedarse —dijo Miguel.

—¡Mi madre hermosa! —exclamó con emoción—, ella es la única que siempre me ha amado. No se olvida de mí, aunque ya no esté presente —mencionó don Evaristo, derramando por sus mejillas lágrimas que emanan de ese recuerdo único y puro de un hijo que jamás olvida a su madre, muy a pesar de sus pausas mentales y olvidos ocasionales.

Miguel le acompañó esa mañana. Lo ha hecho todos los días desde que la familia lo contrató para cuidarlo. Ellos prefieren pagar a alguien antes de venir a cuidar de él. No dudo que le echen de menos, más bien creo que están

esperando a que muera. Sólo así se reunirán a despedirlo. Ahí estarán todos a su alrededor, mientras que él ya no podrá ver, tocar, sentir, respirar.

Cuando está sentado en su sillón, observa sus fotografías. En ocasiones se le escucha decir en voz alta un refrán: *Arrieros somos y en el camino andamos*. Tal vez está pensando en sus hijos, que lo han abandonado aquí, y que probablemente les ocurrirá igual a ellos cuando sean viejos. No lo sé, ciertamente don Evaristo es una excelente persona. Ojalá sus hijos se den cuenta de cuánto los extraña y se acerquen a verlo. Ningún hijo debería de abandonar a sus padres en ninguna etapa de la vida. Pero el mundo es mundo y cada quien actúa a su conveniencia. Pero también sé que las facturas se pagan aquí, antes de cambiar de residencia al más allá.



Carolina Gómez Cea

Espectador

Mariana Torres Lomelí

Hoy me quedé pensando en cuántas veces quise decirle que sí cuando ella me decía de irnos lejos, de empezar de cero, de no tener miedo porque pasara lo que pasara estaríamos juntos. Pensé en cuántas veces quise decirle que sí a acompañarla a cumplir esos sueños llenos de luces, que de sólo imaginarlos le hacían brillar los ojos y que le palpitara el corazón de una manera inexplicable.

Pensé que, aunque no fueran mis sueños, no hubiera perdido nada diciendo que sí, en ese momento yo no tenía un plan como ella, pero la amaba... La amaba más que a nadie en el mundo.

Algo que ella nunca supo es que la mayoría de las veces estuve a nada de decir que sí, pero simplemente nunca lo hice...

Cada vez que yo decía que no, algo en mí sabía perfectamente que la perdía...

Confieso que, de alguna forma para no sufrir y que un día me



Carolina Gómez Cea

matara lentamente al decirme adiós, fui yo quien se fue. Y no, no le di ninguna explicación.

Llámenme cobarde, pero, ¿cómo le dices a una persona que amas tanto que la vas a dejar porque tienes miedo de decir que sí? Porque tienes miedo de sentir.

Pasó el tiempo y me tocó llorar todo lo que ella había llorado antes, supongo que fue el precio por haber sido cobarde, sí, cobarde.

Estoy bien, sigo con mi vida, con el nuevo aprendizaje de decir que sí cuando así lo sienta.

Supongo que de nada sirve arrepentirme de lo que no fue.

No se puede volver el tiempo atrás.

Ya no sé mucho de ella, hace poco me encontré con la sorpresa de que le hicieron una entrevista, y aunque fue muy corta, pude escuchar en pocas palabras que lo había logrado, todo lo que me había contado.

Estoy seguro de que lo mejor que pude haberle regalado es mi ausencia, aunque esa decisión signifique que el reflector se apagó para mí, y que en el reparto de su show, hoy sólo me toca ser espectador.

Espectador de la vida que pudo ser, si no hubiera dicho no, queriendo decir sí.

Fondo a la derecha (pt. 1)

Dania Loera

El otro día desperté y me di cuenta de que mi Felicidad no estaba. Busqué debajo de la almohada, en la cama, en las sábanas enredadas y nada. Supuse que regresaría al prepararme mi desayuno favorito y poniéndome mis mejores ropas... tampoco.

Cuando salí de casa me encontré con mi vecino, el Sr. Fredicksen. Se notaba absorto en sus pensamientos mientras plantaba peonías en su jardín junto con su Felicidad.

—¡Buenos días, Sr. Fredicksen! —exclamé—. ¿De casualidad no ha visto mi Felicidad? la he perdido esta mañana.

—Temo que no —comentó el vecino—. Pero puedo ayudarte a buscarla, probablemente la encontremos en estos arbustos.

Trasplanté. Aboné. Regué. Desmoché. Ni chispa. Pensé que sería buena idea marcarle a una amiga para preguntarle dónde podría buscarla.

—¡Qué terrible noticia! —se lamentó—. Podemos ir a la heladería de la esquina. Ahí van Felicidades perdidas, seguramente está por ahí.

Efectivamente, en la heladería había numerosas Felicidades que fueron encontradas por sus personas. No obstante, un enorme cono con helado de vainilla y jarabe de chocolate encima no le llamó la atención a mi Felicidad, pues nunca llegó.

El heladero, al percatarse de mi atroz situación, me comentó que podría



comprar otra Felicidad en cualquier tienda. Casi cayendo en la desesperación salí corriendo a la plaza. Al llegar, vi a un guardia de seguridad leyéndole a su Felicidad.

—Disculpe, ¿sabe dónde puedo comprar una Felicidad? —le pregunté.

—Fondo a la derecha —me comentó sin separar los ojos del libro.

Televisiones de plasma, celulares inteligentes, ropa de moda, juguetes, videojuegos... a pesar de que los comensales corrían de tienda en tienda con bolsas repletas de Felicidad... no encontré algo que se asemejara a mi antigua amiga.

Terminó el día y regresé con un gran sentimiento de derrota a casa. El cansancio se apoderó de mi cuerpo, así que me puse la pijama, le escribí una nota a mi Felicidad que dejé en el buró y apagué las luces.

“Espero verte pronto”.

Una postal desde el sur

Ben Hur Franco Pérez

En el colmo de las incoherencias mi zapato cantará en francés y mi escritorio bailará al ritmo de la Marsellesa. Y no se piense que temo por mi susto, porque sé que en el instante cuando las realidades jueguen a divertirse, y por mi habitación corra libre como un alegre cervatillo la silla del escritorio, mi corazón sabrá resistir sin enloquecer.

Recordaré que si extraño parece encontrar por la calle justo al viejo amigo en el que se pensaba; o que por más de diez veces seguidas y con dados distintos salga el número cuatro; o que si al caminar por un jardín se enciendan al ritmo de los pasos las farolas que penden arriba de los cabellos, que si extraño parece es porque no se entiende de propiedades elásticas y se asume la realidad rígida como una piedra.

¿No puede la mujer del retrato que estoy viendo voltear a mí cuando me distraiga y yo atraparla en el acto, si volteo hacia ella muy rápido? ¿No pueden a mi escritorio transformársele sus patas de cedro en las suaves y aborregadas de las de una oveja, cuando apague las luces? En un colmo sospecho que sí. Y si el mundo da trazas de que en él pasan cosas extrañas por qué no puedo aspirar a que mi escritorio, con patas de mamífero, salga de la habitación holgadamente a paso de un animal pesado y cargue hasta las costas del norte mis saludos y mis amables deseos en esta postal que te estoy escribiendo. ¡O mejor aún! Por qué no esperar a que un día de estos, al resbalar yo torpemente por una banqueta, me lleve la alegría de que seas tú la que me ayude a levantarme.



Carolina Gómez Cea



9 de cada 10 personas
prefieren comer en

PANCHA PATA

¿quieres ser el décimo?

Amores 949, esquina con Ángel Urraza

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (f)
Andrea Fischer
Fernando Corona
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Elsa Márquez de Sampedro

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Imagen de portada
Sin título
Santiago Hoyos

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy
Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:
Brandon Hurre García
Fabianne Gutiérrez
Sofía Aranka

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 5575 0476



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número cuarenta y seis. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

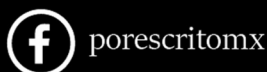
Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Octubre - Noviembre de 2023.



También estamos en:



55 7378 8336



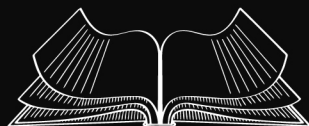
Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

"Yo tengo destino, pero no es el mío. Tengo que vivir la vida conforme a los destinos de los demás. Soy la guardiana de lo prohibido, de lo que no se explica, de lo que da vergüenza, y tengo que quedarme aquí para guardarlo, para que no salga, pero también para que exista. Para que exista y el equilibrio se haga."

Inés Arredondo,
Estío y otros cuentos



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir